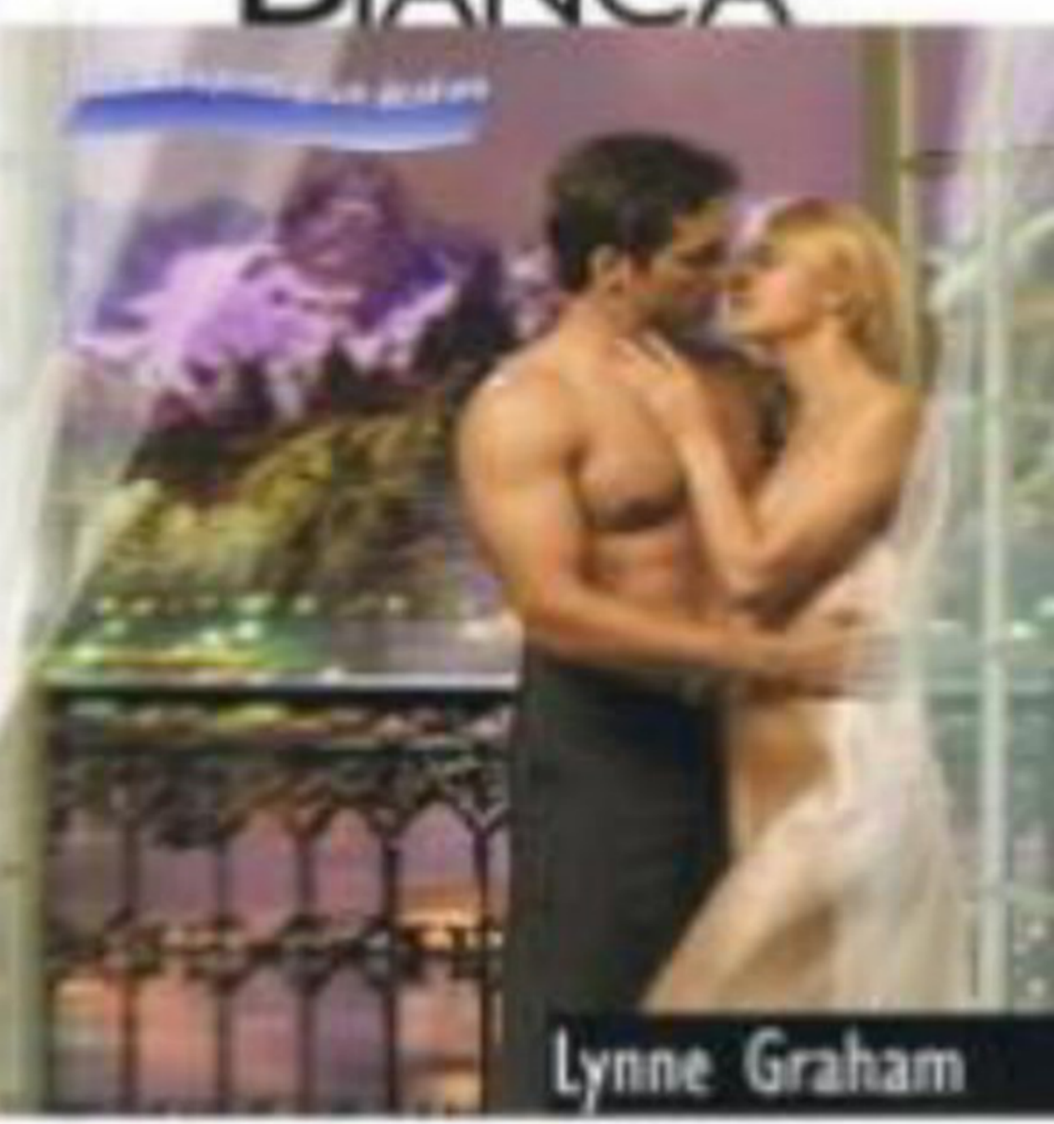
HARLEQUIN

BIANCA



HERENCIA ITALIANA

Herencia italiana

El banquero Roel Sabatino sufría pérdida parcial de memoria tras un accidente de coche y se sentía un poco confuso… pues tenía una esposa con quien no recordaba haberse casado.

Hilary era hermosa, dulce, sencilla… ¡y virgen! Eso no dejaba de ser alarmante para un hombre acostumbrado a tener amantes. Aun así, Roel siempre reconocía un buen trato cuando lo veía: ¿por qué no disfrutar de todos los placeres que podía ofrecer aquel matrimonio, fueran cuales fueran las razones que lo provocaron?

No recordaba por qué se había casado con ella… pero no le importaba.

Capítulo 1

POR supuesto que no vamos a renovarle el contrato. El Banco Sabatino no es lugar para directores de fondos que no saben realizar su trabajo dijo Roel Sabatino con el ceño fruncido. Delgado, alto, de pelo oscuro, guapo aunque de rasgos duros, el señor Sabatino era un banquero internacional y un hombre muy ocupado que consideraba aquella conversación una pérdida de tiempo.

Nielan, su director de recursos humanos, Carraspeó

Había pensado que... quizás hablando con Rawlinson conseguiríamos que volviera al buen camino ..

Yo no doy segundas oportunidades a nadie -lo interrumpió Roel con voz tajante-. Por si no te has dado cuenta, nuestros clientes, tampoco. Está en juego la reputación de mi banco.

Nielan Weber se dijo que también estaba en Juego la reputación de Roel como uno de los banqueros más inteligentes del mundo. Roel Sabatino, millonario suizo descendiente de nueve generaciones de banqueros era considerado por muchos como el más brillante de todos ellos.

A pesar de su inteligencia y de su enorme éxito profesional, no tenía piedad con los empleados que tenían problemas personales. De hecho, su falta de humanidad daba pánico.

Aun así, Stefan hizo un último esfuerzo para interceder por el empleado caído en desgracia.

-Su mujer lo dejó el mes pasado...

-Soy su jefe, no su psicólogo -contestó Roel-. Su vida privada no es asunto mío.

Una vez aclarado aquello, Roel se metió en su ascensor privado y se dirigió al aparcamiento. Mientras conducía su Ferrari seguía enfadado.

¿Qué clase de hombre dejaba que la pérdida de una mujer interfiriera en su meteórica carrera? Roel decidió que su empleado tenía que ser un hombre débil y sin disciplina.

Desde luego, un hombre que lloriqueaba mientras contaba sus problemas personales y que esperaba que se lo tratara de manera especial por ello era un anatema para él.

La vida era todo un reto en sí misma y Roel lo sabía porque había tenido una infancia de felicidad austera cuando su madre se había marchado de casa cuando él tenía dos años. Con ella se habían desvanecido las esperanzas de criarse con amor y cariño.

Cuando contaba cinco años, había ingresado en un internado y

sólo había recibido permiso para ir a casa cuando sus notas habían cumplido las elevadas expectativas de su padre.

Desde pequeño le habían enseñado que tenía que ser duro y fuerte y que jamás debía pedir favores ni tener esperanzas de ningún tipo.

Mientras estaba en el atasco de la hora de comer de Ginebra, sonó el teléfono de su coche. Era Paul Correro, su abogado.

-Creo que es mi deber, como tu representante legal, recordarte que tenemos cierto asunto pendiente le dijo en tono divertido.

Paul y Roel habían ido juntos a la universidad y Paul se permitía con Roel ciertas bromas que ninguno otra persona se permitía. Sin embargo, Roel no estaba hoy de humor.

-Ve al grano -lo urgió.

-Llevo un tiempo queriéndotelo decir... pero estaba esperando a ver si sacabas tú el tema. Han pasado ya cuatro años. ¿No va siendo hora ya de que termines con tu matrimonio de conveniencia?

Aquella noticia lo pilló de sorpresa, y a Roel se le caló el coche provocando que los demás conductores le insultaran y le pitaran, pero él no hizo ni caso.

-Creo que deberíamos quedar esta semana porque yo me voy de vacaciones el lunes -continuó Paul..

-Esta semana es imposible -contestó Roel.

-Espero no haberte importunado recordándotelo dijo Paul.

-No me había olvidado de ese asunto, lo que pasa es que me has pillado por sorpresa -rió Roel.

-Creí que eso no era posible -bromeó Paul.

-Ya te llamaré luego... el tráfico está fatal -contestó Roel dando por finalizada la conversación.

Paul había hecho bien sacando el tema de su matrimonio, un matrimonio de conveniencia en el que Roel no había tenido más remedio que embarcarse hacía cuatro años.

¿Cómo se iba a olvidar de que tenía que romper aquel vínculo con un divorcio? Recordó cómo se había visto inmerso en aquella ridícula situación que lo había llevado a casarse con una mujer a la que no amaba para cumplir con las condiciones del testamento de su abuelo.

Clemente, su abuelo, había sido un hombre entregado al trabajo durante toda la vida, pero cuando se jubiló se enamoró de una mujer a la que le doblaba la edad y había empezado a ver la vida de otra manera.

Incluso había llegado a casarse con ella, lo que le había

granjeado la enemistad de su propio hijo, el padre de Roel, que era un hombre muy conservador. Sin embargo, Roel nunca había roto las relaciones con su abuelo.

Clemente había muerto hacía cuatro años y Roel se había quedado de piedra cuando el abogado había leído las condiciones de su testamento. En una de ellas, Clemente había dejado escrito que, si su nieto no se casaba en un plazo de tiempo estipulado, el Castello Sabatino, la ancestral mansión familiar, pasaría al Estado.

En aquel mismo instante, Roel se había arrepentido de haberle dicho a su abuelo que no creía en el matrimonio y que no pensaba casarse ni tener hijos hasta, por lo menos, los cincuenta años.

Aunque no era una persona sentimental, el Castello Sabatino significaba mucho para él pues tenía bonitos recuerdos de su infancia allí. Si hubiera querido, se habría podido comprar cien castellos iguales, pero quería ése.

Su familia llevaba habitándolo muchos siglos y la repentina amenaza de perderlo le había llegado al alma.

Un par de meses después, estando en Londres en un viaje de negocios, mientras le cortaban el pelo estaba hablando con Paul desde el móvil sobre los problemas que les había ocasionado el testamento de su abuelo.

Como estaban hablando en italiano, creyó que nadie los iba a entender, pero se equivocaba. Cuando colgó el teléfono, la peluquera le dio el pésame por la pérdida de su abuelo y se ofreció a casarse con él para que no perdiera el Castello Sabatino.

Hilary Ross se había casado con él única y exclusivamente por dinero. ¿Cuántos años tendría ahora? Sí, había cumplido veintitrés el día de San Valentín. Seguro que seguía pareciendo una adolescente.

Cuando la conoció, iba siempre vestida de negro, con grandes botas y maquillaje de vampiresa. Roel sonrió al recordarlo. Una vampiresa muy atractiva.

Antes de que el semáforo se pusiera verde, se sacó la cartera del bolsillo y extrajo la fotografía que Hilary le había entregado y en la que había escrito en broma: «Tu esposa, Hilary» y su número de teléfono.

-Así, te acordarás de mí -le había dicho presintiendo que Roel no se iba a poner en contacto con ella si no fuera por asuntos legales.

«Bésame», le habían suplicado sus ojos.

Sin embargo, Roel no lo había hecho porque Paul le había advertido que, si se dejaba llevar y se acostaba con ella, Hilary podría demandarlo luego y obtener una cuantiosa pensión de

manutención.

En cualquier caso, Roel se dijo que jamás se había sentido atraído por ella. ¿Cómo se iba a sentir atraído por una chica que había dejado el colegio a los dieciséis años y que era peluquera?

Lo único que tenían en común era que ambos eran seres humanos. Por fin, Roel miró la fotografía. Hilary no era guapa, recordó exasperado por sus propios pensamientos. Tenía las cejas demasiado rectas y pobladas y la nariz un poco grande.

Aun así, Roel no pudo apartar la mirada de su viva sonrisa y sus preciosos y enormes ojos.

-Cuando era adolescente, trabajaba los sábados, y me gastaba todo lo que ganaba en zapatos —le había confesado Roel una vez haciéndole entender que habían llevado vidas muy diferentes.

-Cuando mi abuela conoció a mi abuelo, supo que era el amor de su vida antes de que hablaran... en cualquier caso, no podían hablar porque ella no sabía inglés y él no sabía italiano. ¿No te parece romántico?

Roel no había contestado a aquella pregunta. De hecho, se había mostrado como un muro de piedra ante los intentos de Hilary por flirtear con él. Sí, era un esnob tanto social como intelectualmente y aquella chica no pertenecía a su mundo.

Además, no pensaba seguir la tradición de la familia de casarse con cazafortunas. Él se tenía por un hombre mucho más listo que su padre y su abuelo. Por eso, había suprimido aquella inadecuada y peligrosa atracción que sentía por una mujer que no era la correcta.

Aun así, no podía olvidar la última vez que la había visto. En aquella ocasión, Hilary lo había mirado con un brillo especial en los ojos y una sonrisa desafiante, como diciéndole que estaba segura de que iba a encontrar un hombre que creyera en el amor.

¿Lo habría encontrado? ¿Tal vez por eso no había pedido el divorcio todavía?

Mientras se hacía aquellas preguntas, Roel tuvo apenas un segundo para reaccionar cuando una niña irrumpió en la calzada siguiendo a un perro. Frenó en seco y dio un volantazo para no atropellarla.

El Ferrari se estrelló contra un muro, pero no le hubiera sucedido nada si otro coche no lo hubiera golpeado. Cuando la segunda colisión se produjo, Roel sintió un fuerte dolor en el cuello y se desmayó.

Lo llevaron al hospital con la fotografía de Hilary apretada en la mano y avisaron a Bautista, la hermana de su padre. Cuando la mujer de sesenta años llegó al hospital, bastante enfadada, se

encontró con que Roel había recuperado la consciencia pero tenía amnesia.

-¿Ha avisado usted a la esposa del señor Sabatino? -le preguntó el médico.

-Roel no está casado -contestó su tía.

-Entonces, ¿quién es esta mujer? -le dijo el médico sorprendido mostrándole la fotografía.

Bautista, también sorprendida, estudió la fotografía y leyó la dedicatoria. ¿Roel se había casado con una inglesa? ¡Madre mía, qué secretos tenía aquel hombre!

Bautista entendía que no hubiera hecho público su enlace porque odiaba a la prensa, pero, ¿cuándo pensaba decírselo a su familia?

En cualquier caso, recibió la noticia con alegría pues eso quería decir que ella se podía marchar al día siguiente con su novio, Dieter, a inaugurar una galería de arte de Milán como tenían previsto.

Con aquello en mente, corrió a llamar a la misteriosa esposa de su sobrino.

Cuando Hilary entró en casa y vio a su hermana Emma preocupada, sintió un escalofrío por la espalda.

-¿Qué pasa? -le preguntó dejando el periódico sobre la mesa.

-Ha llamado una mujer mientas estabas fuera... quiero que te sientes antes de decírtelo -dijo Emma con madurez a pesar de sus diecisiete años.

-No te pongas melodramática -contestó Hilary con el ceño fruncido-. Tú estás aquí, de una pieza, y eres la única familia que tengo. ¿Quién ha llamado y qué te ha dicho?

-Roel Sabatino ha tenido un accidente de coche.

Hilary sintió que palidecía.

-¿Ha muerto? -consiguió preguntar.

-No -contestó su hermana pasándole el brazo por los hombros y haciendo que se sentara en el sofá-. La que ha llamado era su tía, pero no hablaba casi nada de inglés...

-¿Está grave? -preguntó Hilary temblando de pies a cabeza.

-Tiene una lesión cerebral y me ha parecido que sí era grave. Lo han trasladado a otro hospital, según me ha dicho su tía -contestó Emma apretándole la mano a su hermana mayor-. Míralo por el lado positivo. Está vivo y mañana podrás estar junto a él.

Hilary sintió que se moría por dentro. Roel, su amor secreto, su marido... al que ni siquiera había besado. Roel, tan alto y vital, se debatía en aquellos momentos entre la vida y la muerte en un

hospital.

Hilary rezó para que se recuperara, pero siete años antes sus padres se habían matado en un accidente de tráfico y aquello la hizo estremecerse. Habían esperado un milagro en el hospital, pero ese milagro jamás se produjo.

-¿Tú crees que debería ir para estar a su lado?

¿Se atrevía a hacerlo? Sólo era su esposa de conveniencia, pero eso no quería decir que no se preocupara por su bienestar. Al fin y al cabo, su tía la había llamado. Obviamente, eso quería decir que su familia sabía que estaba casado y que creían que su relación era algo más que un papel.

-Te conozco bien y sabía que ibas a querer estar a su lado, así que te he sacado un billete a Ginebra Por internet para mañana por la mañana -le dijo Emma.

-Por supuesto que quiero estar a su lado, pero...

-Nada de peros -la interrumpió su hermana-. No quiero que el orgullo te impida correr a su lado. Eres su esposa y seguro que cuando estéis juntos arregláréis vuestros problemas. Ahora me doy cuenta de cuánto daño hice a vuestra relación.

Hilary se quedó de piedra al oír cómo su hermana se echaba la culpa de su aparente ruptura con Roel.

-Mi relación con Roel no fue bien, pero tú no tuviste nada que ver en ello -protestó.

-Deja de protegerme. Siempre fui una egoísta. Habíamos perdido a papá y a mamá y como tú sabías que sólo te tenía a ti, ni siquiera te atreviste a presentármelo.

Hilary se dio cuenta de que había llegado el momento de sacar a su hermana de su error.

-Te equivocas, Emma, las cosas no fueron así.

-Claro que fueron así. Dejaste que te estropeara la boda y el matrimonio. Me mostré horriblemente maleducada con Roel y te amenacé con irme de casa si me obligabas a irme a vivir a otro país. ¡Me metí entre vosotros dos! -insistió Emma-. No me puedo creer lo cruel que fui contigo teniendo en cuenta lo enamorada que estabas...

Hilary decidió que no era el momento oportuno para contarle a su hermana la verdad.

-¿Qué te ha dicho la tía de Roel?

-Ha preguntado por ti -mintió Emma cruzando los dedos a la espalda con la esperanza de que aquella mentira animara a su hermana a correr al lado de su marido.

¿Roel había preguntado por ella? Hilary no daba crédito, pero se

sintió feliz. De repente, sintió una fuerza sobrehumana y se dio cuenta de que sería capaz de hacer lo que fuera por él.

¡Roel la necesitaba!

El hecho de que un hombre tan duro como él pidiera ayuda sólo podía querer decir que estaba muy grave, así que Hilary corrió a hacer la maleta.

¿Y la peluquería? -se lamentó mientras guardaba la ropa-. ¿Quién se va a hacer cargo de ella? Sally -sugirió su hermana refiriéndose a la mano derecha de Hilary-. ¿No dijiste que lo hizo de maravilla cuando tú tuviste la gripe?

Tras haber hablado con Sally y con otra peluquera que solía ir a ayudarlas cuando estaban desbordadas de trabajo, Emma abrazó a su hermana con fuerza mientras recordaba que Roel las había ayudado económicamente.

Lo cierto era que le debía mucho. Cuatro años atrás, ambas hermanas vivían en un minúsculo apartamento de un barrio lleno de delincuencia. Emma siempre había sido una chica inteligente y Hilary no quería que se quedara sin estudiar por la repentina muerte de sus padres.

Hilary sintió que había fracasado cuando su hermana comenzó a frecuentar malas compañías y a no acudir al colegio. En aquella época, ella estaba empezando a formarse como peluquera y no tenía dinero ni para irse a vivir a un barrio mejor ni tiempo para intentar domesticar a aquella adolescente rebelde.

La generosidad de Roel les había cambiado la vida. Al principio, Hilary no había querido aceptar su dinero, pero luego se dio cuenta de que aquel dinero le podía dar la posibilidad de que su hermana volviera al buen camino.

Con lo que Roel le había dado, se mudaron al barrio de Hounslow y abrió una peluquería. Su vida había cambiado considerablemente, pero no así su relación con él. Lo cierto era que, desde el mismo instante en el que aceptó su dinero, algo entre ellos se había roto.

-Prefiero pagar por los servicios prestados -le había dicho Roel haciéndola sentir como una prostituta-. Así, no hay malos entendidos.

Cuando a media mañana del día siguiente el doctor Lerther recibió aviso de su secretaria de que la señora Sabatino ya había llegado, fue a su encuentro y, al ver a la menuda mujer de pelo rubio y ojos grises, se dio cuenta de que no era lo que él había esperado.

-Intenté llamarle antes de salir de Inglaterra, pero no pude

encontrar el número -se excusó nerviosa.

Hilary nunca había estado en un hospital tan impresionante y, aunque había tenido que repetir una y otra vez quién era para que la dejaran entrar, nadie le había dado noticias de cómo estaba Roel.

Además, se había sorprendido mucho al comprobar que Bautista, la tía de Roel, no la estaba esperando. No le había gustado nada tener que presentarse como la mujer del señor Sabatino, pero no le había quedado más remedio.

-¿Qué tal está Roel? -preguntó retorciéndose los dedos.

-Físicamente, sólo tiene un enorme dolor de cabeza y unos cuantos moratones -sonrió el médico-. Sin embargo, su memoria ha sufrido daños.

Hilary tomó asiento y lo miró sorprendida.

-¿Su memoria?

-El señor Sabatino se dio un fuerte golpe en la cabeza y estuvo inconsciente varias horas. Después de un golpe así, lo normal es sentirse desorientado durante un tiempo, pero por desgracia en su caso parece que va a ser más largo de lo normal.

-¿Qué quiere decir eso? -preguntó Hilary con la boca seca.

-Le hemos hecho unas cuantas pruebas y todas arrojan el mismo resultado: Roel confunde las fechas.

-¿Las fechas?

-Ha olvidado los últimos cinco años de su vida -le informó el médico-. Está perfectamente restablecido y recuerda todo lo demás sin ningún problema, pero esos últimos cinco años están borrados.

-¿Está usted seguro? -preguntó Hilary con incredulidad.

-Sí, ni siquiera se acuerda del accidente.

-¿Cómo le ha podido pasar una cosa así? -preguntó Hilary preocupada.

-No es raro perder la memoria después de un golpe fuerte en la cabeza. A veces, ni siquiera es necesario un golpe, basta con un trauma emocional o un estrés prolongado para que se produzca un episodio de amnesia, pero no es el caso de su marido. En cualquier caso, irá recuperando la memoria poco a poco.

-¿Cómo se lo ha tomado?

-Cuando le informamos de que su cabeza omitía cinco años enteros de su vida, se mostró muy sorprendido.

-No me extraña...

-Antes de decírselo, el señor Sabatino quería que le diéramos el alta para volver a trabajar. Es obvio que para un hombre con un carácter tan fuerte y una mente tan trabajadora es difícil aceptar un incidente inexplicable.

Hilary se quedó de piedra al darse cuenta de que, si Roel había olvidado los últimos cinco años de su vida, ni siquiera se acordaría de ella.

-Es una suerte para nosotros que haya venido usted porque le va a ser de gran ayuda -dijo el médico.

-¿Bautista no está?

-Creo que se ha ido esta mañana para acudir a un compromiso social -contestó el doctor Lerther.

Atónita, Hilary tragó saliva. «¡Muchas gracias, tía Bautista!», pensó para sí. Era evidente que en aquella familia no se querían mucho. Entonces, Hilary se sintió todavía mucho más en deuda con él y se dio cuenta de que se moría por verlo.

Le pareció deshonesto por su parte seguir haciéndose pasar por su esposa, pero no podía hacer nada porque le había prometido que jamás revelaría a nadie las condiciones en las que se habían casado.

Por eso, decidió decir la verdad a medias.

-Roel y yo hemos estado... distanciados -declaró.

-Le agradezco su sinceridad y le aseguro que esto no saldrá de aquí, pero me gustaría pedirle que no le contara usted al paciente nada que lo pudiera preocupar -le rogó el médico-. Aunque él no quiere admitirlo, todavía está en observación y no queremos que nada impida su completa recuperación.

Hilary asintió.

-Es una suerte que esté usted aquí porque su marido necesita a alguien cerca en quien poder confiar. No se deje engañar, está débil.

-No me puedo imaginar a Roel débil -contestó Hilary con un nudo en la garganta.

-Le ruego que haga usted de escudo protector entre él y todos los empleados que van a querer llenarle la cabeza de preocupaciones. El Banco Sabatino debe sobrevivir de momento sin él. El señor Sabatino necesita tranquilidad y, además, ya supondrá usted que es mejor que su condición no llegue a la prensa para que el mundo financiero no se tambalee.

A Hilary el mundo financiero le importaba muy poco, pero Roel le importaba mucho y se prometió a sí misma que iba a estar a su lado hasta que hubiera recuperado la memoria.

-¿Lo puedo ver?

El médico recordó la sorpresa de su paciente cuando se le informó de que estaba casado y, ante la pregunta de Hilary, se imaginó a una adorable cristiana a la que estaban a punto de tirar a los leones.

Rezó para que Hilary Sabatino fuera más fuerte de lo que

aparentaba. Quizás, con un poco de suerte, fuera capaz de hacerle frente a su despótico marido. Lo cierto era que el doctor Lerther no tenía muchas esperanzas de que así fuera.

Hilary tomó aire y siguió a la enfermera. Estaba a punto de volver a ver al único hombre que la había hecho llorar en la vida…

Capítulo 2

ESTOY casado, pensó Roel. No era de extrañar que su memoria hubiera elegido olvidar lo peor que le podía pasar a un hombre aparte de estar enfermo.

A pesar de que sólo tenía treinta años, le pareció que había sacrificado su libertad. Había terminado cometiendo el mismo error que su padre y su abuelo.

Siempre le habían gustado las mujeres y había tenido incontables compañeras de cama, pero jamás había creído en el amor, así que tenía la esperanza de que su matrimonio no tuviera nada que ver con ello.

Estaba seguro de que su esposa sería una mujer alta y castaña porque ése era el tipo de mujer que le gustaba, provendría de buena familia y tendría dinero. Tal vez, fuera economista o trabajara en banca. Aquello lo alivió en cierta manera.

Quizás, se había dado cuenta trabajando con ella de que eran almas gemelas en el terreno profesional. Aquello sería perfecto pues se trataría de una mujer callada y distante que sabría respetar su apretado horario de trabajo y no se quejaría por no verlo.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Roel, estaba mirando por la ventana y se giró.

-¿Te importa cerrar los ojos para que entre? -preguntó una vocecilla en inglés.

Primera sorpresa. Se había casado con una extranjera con acento pueblerino. Segunda sorpresa. Hablaba como una adolescente y pedía cosas estúpidas.

-¿Roel?

Roel apretó los labios con impaciencia y accedió.

-Supongo que tú también estás nervioso por mi presencia, pero no tienes nada de lo que preocuparte -añadió Hilary.

Roel se volvió a girar hacia la ventana. Tercera sorpresa. Una mujer que no hacía ni un minuto que acababa de llegar y ya lo había puesto de los nervios.

-Me he emocionado cuando me han dicho que habías preguntado por mí... -dijo Hilary cerrando la puerta y abriendo los ojos.

-¿Quién te ha dicho que yo he preguntado por ti? -contestó Roel con incredulidad-. ¿Cómo iba a preguntar por ti si ni siquiera me acuerdo de ti?

-Dios mío, ¿qué haces fuera de la cama? -preguntó Hilary

preocupada.

-¿Tienes una lista de comentarios estúpidos o te salen sin esfuerzo? -le espetó Roel girándose hacia ella.

Al estar tan cerca de él, a Hilary le pareció que su altura era amenazante, pero, a pesar de eso y de la horrible pregunta que le acababa de hacer, se sentía irremediablemente atraída por él.

No había olvidado lo increíblemente guapo y lo sorprendentemente sexy que era aquel hombre, pero eso no impidió que se quedara mirándolo con la boca abierta.

Roel no sonrió y aquello no la sorprendió. No solía sonreír a menudo y, además, en aquellos momentos no debía de tener ningún motivo para sonreír. Aunque jamás lo hubiera reconocido, Hilary estaba segura de que debía de estar muy asustado.

-Detesto el sarcasmo -le dijo.

-Y yo detesto las preguntas estúpidas -contestó Roel.

Aquella mujer era mucho más bajita que él y no debía de tener más de veintitrés o veinticuatro años. Tenía unos ojos grises del color del mar durante la tormenta y el pelo rubio con las puntas teñidas de rosa.

¿De rosa? Roel decidió que debía de ser el efecto de la luz.

Tenía pecas por la nariz y unos labios carnosos de color cereza que hubieran tentado a un santo, Roel sintió que se le endurecía la entrepierna y se sorprendió sobremanera pues siempre había controlado las reacciones de su cuerpo, incluso siendo un adolescente.

Se fijó en el impresionante cuerpo en forma de reloj de arena de su esposa y la erección se hizo todavía más acuciante. Tenía pechos voluminosos y bien formados, cintura de avispa y caderas de lo más femeninas.

Cuarta sorpresa. Su mujer no iba bien vestida, pero tenía un potencial sexual que era pura dinamita. Roel creyó comprender por qué se había casado con ella.

-Deberías estar en la cama -dijo Hilary encontrándose con aquellos ojos color miel que jamás había olvidado.

-¿Sueles decirme siempre lo que tengo que hacer?

-¿Tú qué crees? -contestó Hilary mirándolo a los ojos.

Hilary sintió que la boca se le secaba y que las piernas le flaqueaban. Sintió que el aire no le llegaba a los pulmones y que el sujetador le estaba pequeño. Los pechos se le habían hinchado y sentía los pezones erectos y una cascada entre las piernas.

Hilary sabía lo que le estaba ocurriendo, pero no podía hacer nada por controlarlo. Estaba ante el hombre que había estado a

punto de hacer que le ofreciera su virginidad por una noche de sexo sin ataduras.

Lo deseó desde el primer momento en que lo vio y, si el hubiera mostrado cualquier interés por ella, el orgullo y la dignidad no le hubieran impedido entregarle su virginidad.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Roel consiguió dejar de mirar a su esposa.

-Una mujer que pretendiera decirme lo que tengo que hacer sería una idiota -murmuró-. Y no creo que tú seas de ésas.

-No, pero tampoco me dejo manipular fácilmente -contestó Hilary con la cabeza muy alta-. Después de todo lo que te ha pasado, deberías estar en la cama.

Ya no necesito a los médicos -le aseguró Roel-. Lo siento mucho si has estado preocupada, pero me vuelvo al trabajo.

-No lo dirás en serio -dijo Hilary con los ojos muy abiertos.

-Yo siempre hablo en serio, deberías saberlo. En cualquier caso, no necesito tu opinión —insistió roel con frialdad.

-Te guste o no, te la voy a dar -le espetó Hilary-. ¡A lo mejor te crees que haciéndote el duro me vas a convencer de que no te pasa nada, pero a mí me parece que te estás comportando como un imbécil!

-No te consiento... -dijo Roel mirándola con furia.

-Tienes amnesia y no piensas con claridad.

-Yo siempre pienso con claridad -contestó Roel.

-Si vuelves a trabajar, será como decir que no tienes ningún problema y no pienso consentir que lo hagas.

-Contéstame a una pregunta -sonrió Roel-. Antes del accidente de coche, ¿nos estábamos divorciando?

-¡Que yo sepa, no! -contestó Hilary con las manos sobre las caderas-. Eres un hombre muy inteligente, pero también muy cabezota y poco práctico. De ahora en adelante, debo encargarme de que no hagas nada de lo que te puedas arrepentir, así que vuelve a la cama y tranquilízate.

Roel la miró como si se hubiera vuelto loca.

-Nadie me dice lo que tengo que hacer. No sé cómo te atreves a pensar que tú tienes ese derecho.

-Tal vez, porque soy tu esposa -le espetó Hilary-. No pienso pedirte perdón por intentar protegerte de ti mismo. Si vuelves al banco, los empleados se van a dar cuenta de que te pasa algo...

-No me pasa nada, sólo estoy atravesando por una fase temporal de leve desorientación...

-Sí, ya me han dicho que te has olvidado de buena parte de tu

vida -contestó Hilary acalorada-. A mí no me parece ninguna tontería y creo que es mucho más peligroso de lo que tú te crees. Va a haber empleados y clientes que no vas a reconocer, situaciones que no vas a entender y ocasiones en las que vas a meter la pata. Además, por si no te has dado cuenta, no vas a tener ni idea de lo que has estado haciendo estos últimos cinco años en el trabajo. ¿A quién le vas a confiar tu trabajo para no hacer el ridículo? A nadie, ¿verdad? Tú, Roel, no confías en nadie más que en ti mismo.

Hilary se quedó mirándolo con actitud desafiante y se dio cuenta de que Roel se llevaba la mano a la frente y de que le temblaban los labios.

-Siéntate -le dijo acercándose a él y llevándolo hacia la butaca que tenía detrás.

-No necesito...

- ¡Cállate y siéntate! -le ordenó Hilary observándolo mientras se sentaba.

-Sólo me duele un poco la cabeza -protestó él.

Demasiado tarde. Hilary ya había apretado el mando que avisaba a la enfermera y el doctor Lerther ya estaba allí.

Roel se había dado cuenta de que su esposa estaba realmente preocupada por él. A aquella mujer se le veía lo que pensaba en la cara. Tenía los ojos llenos de preocupación y se mordía las uñas mientras esperaba a que el médico le dijera algo.

Roel no podía dejar de mirarla. Parecía realmente asustada, hasta el punto de que se estaba estremeciendo. Le debía de haber gritado precisamente por eso. Se veía que lo apreciaba.

«Seguro que aprecia más mi dinero», pensó Roel.

Había visto a muy buenas actrices, pero lo cierto era que cualquiera de las mujeres con las que había salido se hubieran dejado torturar antes de morderse una uña.

Su esposa era más complicada y menos predecible de lo que había imaginado. Bajo aquella fa-fachada femenina se escondía un genio y una pasión exacerbados.

Roel estaba acostumbrado a que las mujeres le dijeran a todo que sí, nunca se las había visto con una mujer que se hubiera atrevido a gritarle.

Lo cierto era que jamás discutía con nadie, hombre o mujer; las discusiones no formaban parte -de su vida porque nadie quería verlo furioso.

Hilary se sentía terriblemente culpable. Roel todavía no se había recuperado del accidente y ella se había enfadado con él. ¿Cómo había podido hacerlo?

Normalmente, nunca se enfadaba. ¿Qué le había sucedido? Se había quedado mirándola como si no se pudiera creer que estuviera gritándole. No debía de estar acostumbrado a que nadie le gritara.

Hilary tomó aire y lo miró.

Seguía siendo tan guapo, elegante y masculino como hacía cuatro años. Hilary recordó el preciso instante en el que lo había visto por primera vez. Fue cuando había entrado hablando por el móvil en la peluquería donde ella trabajaba.

Al ver cómo iba vestido y cómo se comportaba, Hilary comprendió enseguida que, como ya les había pasado a otras personas, se había confundido de peluquería porque había una mucho más exclusiva en la misma calle.

En el mismo instante en el que Roel se disponía a irse, algo había hecho que Hilary fuera hacia él. ¿Algo? El hecho de que fuera tan impresionantemente guapo que hubiera sido capaz de quedarse una semana sin comer para tener una foto suya.

No podía permitir que saliera de su vida así como así.

-Siga hablando por teléfono mientras le corto el pelo -le había dicho poniéndose delante de la puerta para que no se fuera.

Tal y como había esperado, por no reconocer que había cometido un error, Roel se dejó llevar.

La miró perplejo, pero siguió hablando por teléfono mientras se sentaba y Hilary comenzaba a cortarle el pelo.

Cuando terminó, le entregó un cheque y salió del establecimiento. Al mirar el cheque, Hilary no podía dar crédito a lo que estaba viendo. Salió corriendo tras él, pero Roel le dijo que era la propina.

-Es demasiado... -murmuró Hilary mientras Roel se encogía de hombros y se introducía en una limusina con chofer.

Hilary volvió al presente y vio que Roel había recobrado el color y estaba de nuevo en pie.

-¿No estarías mejor sentado? -le dijo mientras él colgaba el teléfono.

-Nos vamos a casa —contestó Roel ignorando su pregunta.

-¿Doctor? -insistió Hilary.

-Lo cierto es que no hay razón física para que su marido siga en la clínica -sonrió el hombre.

-Físicamente estoy muy bien y lo otro... ya se me pasará -anunció Roel muy seguro de sí mismo.

«Nos vamos a casa», había dicho.

¿A qué casa? No era el momento de preguntarlo, delante del médico y de la enfermera, así que Hilary no tuvo más remedio que

seguir a Roel hasta el ascensor. Una vez en la planta baja, le informaron de que su equipaje ya estaba en el coche que los iba a llevar.

-¿Dónde estabas ayer cuando tuve el accidente? -le preguntó Roel.

-En Londres... eh... tengo un negocio allí -contestó Hilary preguntándose qué guión iba a seguir.

Los estaba esperando una limusina de cristales tintados. El chofer se quitó la gorra y les abrió la puerta. Al verse en un coche tan lujoso, Hilary tuvo que hacer un gran esfuerzo para no quedarse con la boca abierta.

-¿Cuánto tiempo llevamos casados? -le preguntó Roel.

-Creo que sería mejor que no te diera demasiados datos -contestó Hilary.

-Quiero saberlo todo -insistió él poniéndole la mano en el brazo.

Sorprendida por la facilidad con la que la había tocado, Hilary se estremeció.

-Tu médico ha dicho que hay que ir diciéndote las cosas poco a poco.

-Eso lo ha dicho el médico, pero yo no opino lo mismo.

-Siento mucho decirte que no pienso arriesgarme a que no te recuperes, así que voy a seguir los consejos del doctor Lerther -insistió Hilary.

-Eso es una tontería.

-Dentro de unos días, habrás recuperado la memoria por completo -le recordó Hilary-. Será mucho mejor así.

-¿Y mientras tanto? -preguntó Roel mirándola a la boca y dejándola sin aliento.

Hilary sintió una descarga eléctrica por todo el cuerpo y la mente se le quedó en blanco.

-¿Mientras tanto? -repitió como un loro.

-Tú y yo -le aclaró Roel mirándola con interés y haciéndola enrojecer-. ¿Qué se supone que debo hacer con una esposa a la que no recuerdo?

-No hace falta que hagas nada. Simplemente, tienes que confiar en ella porque va a cuidar de ti contestó Hilary sintiéndose como una adolescente enamoriscada.

¿Por qué estaba pendiente de todas y cada una de sus palabras? ¿Por qué lo miraba así? Se enfureció consigo misma por ser tan débil. Tenía que apoyarlo como una amiga, nada más. Y nada menos. ·

-¿Me vas a cuidar? -dijo Roel divertido.

Nadie lo había cuidado en su vida porque no necesitaba que nadie lo cuidara. Jamás había oído algo tan ridículo, pero no dijo nada porque se dio cuenta de que Hilary lo había dicho con sinceridad y buena intención.

-Para eso he venido... -contestó Hilary sintiéndose fuera de control al tenerlo tan cerca.

Mientras hablaba, Roel le acarició el labio inferior haciendo que la temperatura corporal le subiera por las nubes.

-Estás temblando -murmuró Roel con voz ronca acercándose a ella-. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, esta situación resulta de lo más estimulante.

-¿Cómo dices? -dijo Hilary sorprendida.

-Una esposa a la que no recuerdo -contestó Roel-. Una mujer con la que he tenido que compartir mil momentos íntimos, pero que en estos momentos resulta una perfecta desconocida. Es una situación erótica de lo más estimulante, cara mía. ¿Qué otra cosa iba a ser?

Capítulo 3

HILARY sintió que se ruborizaba de pies a cabeza. ¿Una situación erótica de lo más estimulante? ¿Una mujer con la que había compartido mil momentos íntimos?

Roel se creía que era una esposa normal, claro. ¿Corno iba a imaginar las circunstancias en las que se habían casado hacía cuatro años?

Es una manera de verlo -contestó intentando que no se le notara lo incómoda que estaba.

-Te sonrojas como una adolescente -comentó Roel divertido.

-¡Sólo contigo! -contestó Hilary furiosa porque sabía que estaba como un tomate.

En el colegio, aquella facilidad para sonrojarse le había valido las bromas de sus compañeros. Menos mal que había conseguido controlarlo al hacerse mayor. Sin embargo, parecía que con Roel no le funcionaba.

-No debemos de llevar mucho tiempo casados comentó él abrazándola.

-¡No! -exclamó Hilary.

Roel sonrió. Aquella mujer era pequeñita, pero tenía carácter.

-No te preocupes... por besar a mi mujer no voy a recaer.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Hilary como una tonta-. No creo que sea buena idea que nos besemos... todavía...

-No pasa nada -insistió Roel divirtiéndose por la preocupación de su esposa ante la posibilidad de que un poco de sexo le sentara mal-. Tómatelo como un experimento. Puede que me haga recordar cosas, bella mía.

-Roel...

Hilary no quería que se echara atrás, se moría por experimentar lo que una vez le había sido negado, así que ladeó la cabeza y dejó que la besara.

Inmediatamente, sintió que el cuerpo se le convertía en fuego líquido y, al poco tiempo, se encontró gimiendo de placer.

-Hemos llegado a casa -anunció Roel apartándose y mirándola a los ojos.

Sorprendida por su propia reacción apasionada, Hilary intentó recuperar la compostura. En lo más profundo de sí, habría preferido

que no hubieran llegado todavía. Habría dejado que le hubiera hecho el amor allí mismo, en la limusina, y Roel se debía de haber dado cuenta.

Se sentía avergonzada por haber llegado tan lejos. ¿Cómo iba a volver a mirarlo a la cara? Se había comportado como una muerta de hambre.

¿A qué estaba jugando? Roel se había fiado de ella y, precisamente por esa confianza, ella tenía que comportarse con cabeza y mantener las distancias entre ellos.

Cuando el chofer le abrió la puerta, Hilary miró disimuladamente a su alrededor. Roel vivía en una inmisión rodeada de altos muros en cuyo vestíbulo había estatuas antiguas, muebles preciosos y suelos de mármol.

Hilary notó que el mayordomo que había acudido a darles la bienvenida la miraba con curiosidad.

¡Dios mío! -exclamó Roel en ese momento.

Hilary lo miró. Había algo que lo había sorprendido.

-Vamos arriba -lo urgió.

Mientras la seguía, Roel se preguntó qué hacía el cuadro, el favorito de su abuelo, en el vestíbulo de su casa.

-Ahora estoy contigo... me acabo de acordar de una cosa -le dijo Hilary al llegar a la planta de arriba.

Acto seguido, bajó corriendo las escaleras y fue en busca del mayordomo.

-Hola, debe de estar usted preguntándose quién soy -le dijo en voz baja.

-No, es usted una amiga del señor Sabatino contestó el hombre.

-Bueno... lo cierto es que soy su esposa -confesó Hilary-. Me llamo Hilary, ¿y usted?

-Yo soy Humberto, señora -contestó el mayordomo visiblemente sorprendido.

-Por favor, Humberto, no quiero que mi marido reciba llamadas de ningún tipo, ni profesionales ni personales.

Humberto la miró con incredulidad.

-Haga lo que le digo -le ordenó Hilary.

Acto seguido, volvió junto a Roel, que la tomó en brazos y la besó en la boca.

-¿Roel? -exclamó Hilary sorprendida-. ¿Qué demonios estás haciendo?

Roel se rió de manera sensual y abrió la puerta del dormitorio principal.

-No quiero más interrupciones -contestó.

-Por favor, bájame... -rogó Hilary-. Se supone que tienes que descansar.

Roel la dejó en una enorme cama.

-Eso es exactamente lo que voy a hacer, pero contigo, cara.

Hilary se puso en pie.

-Así no descansarás -dijo sonrojándose.

Roel se desabrochó la corbata y se la quitó.

-Aunque no me acuerde de los últimos cinco años de mi vida, sé que no soy una persona tranquila y que, cuando no estoy trabajando, necesito hacer algo.

-Pero no esto -contestó Hilary con la respiración entrecortada-. Crees que te quieres acostar conmigo, pero en realidad no es así, de verdad.

-No me puedo creer que me haya casado con una mujer que le da tanta importancia al sexo -se burló Roel.

-Me preocupo por ti, por eso te lo digo -insistió Hilary retorciéndose las manos nerviosa —. Ahora mismo, esto no te viene bien...

-Deja que sea yo el que decida eso -sonrió Roel.

De repente, su sonrisa se tornó una mueca de dolor.

-¿Qué te pasa? -le preguntó Hilary preocupada.

Roel la miró intensamente.

-Clemente, mi abuelo, ha muerto... por eso el cuadro de Matisse está en mi casa en lugar de estar en el Castello. ¿Ha muerto?

Hilary palideció.

-No me ocultes información -le advirtió su mando.

Hilary asintió.

-Sí, lo siento. Tu abuelo murió hace cuatro años...

-¿Cómo murió?

-De un ataque al corazón. Creo que fue muy repentino -contestó Hilary rezando para que no preguntara más detalles.

Roel se apartó de ella y se dirigió a los ventanales. Era obvio que quería estar solo, pero Hilary intentó acercarse a él.

-Roel... -murmuró sintiendo lástima por él.

-Vete a ver qué hay de cena -contestó Roel secamente.

-Me importa un bledo lo que haya de cena. Por favor, no me apartes de ti. Yo también lo pasé muy mal cuando murió mi abuela...

-No me gusta hablar de mis sentimientos con la gente -le espetó Roel.

-Está bien -dijo Hilary saliendo de la habitación enfurecida.

Una vez en el pasillo, se encontró con Humberto y con otro

hombre que llevaba su equipaje.

-Señora -le dijo el criado abriéndole la puerta con una inclinación de cabeza.

Hilary entró en su dormitorio, una habitación aparte de la de Roel, y se quedó maravillada por los muebles. Sin embargo, el enfado no se le había pasado y, al mirarse al espejo, comprobó que tenía lágrimas en los ojos.

¿Cómo podía ser tan tonta como para dejar que una palabra fuera de tono de Roel la pusiera así?

Hilary tomó aire para calmarse y siguió a Humberto fuera de la habitación.

-Le agradecería que me enseñara la casa -le dijo con una sonrisa.

Estaba segura de que Roel comenzaría a recobrar la memoria en un par de días y se preguntó si entonces le agradecería su ayuda.

Si por Humberto hubiera sido, le habría enseñado el interior de todos y cada uno de las despensas de la casa, pero Hilary le dijo que se diera prisa. Así, visitó todas las estancias, que eran muchas, y llegaron a la cocina.

Allí, Humberto le presentó al cocinero francés, que le besó la mano y salió al jardín para traerle una flor amarilla que Hilary se colocó en el pelo antes de subir a ducharse para bajar a cenar.

Una vez en su habitación, comprobó que le hablan deshecho el equipaje y que su ropa ya estaba colgada en el armario. Acto seguido, se dio una ducha de ensueño mientras sonreía ante el lujo que la rodeaba.

Cuando volvió a la habitación, se encontró con que Roel la estaba esperando y aquello la hizo pararse en seco

-Me encanta la rosa que llevas en el pelo -murmuró Roel.

-Me la ha regalado tu cocinero -contestó Hilary Tocándose la flor.

Roel se había quitado el traje y se había puesto unos pantalones informales y una camisa azul. Estaba tan guapo que Hilary no podía parar de mirarlo.

Roel enarcó una ceja. Era obvio que lo que había hecho el cocinero le parecía una impertinencia, pero entendía por qué lo había hecho. Su esposa tenía una piel de porcelana, ojos grises como una tormenta del norte y una boca tan provocativa como una cereza.

Roel sintió que todo el cuerpo se le tensaba y se preguntó si siempre que la veía la deseaba así porque en aquellos momentos lo único en lo que podía pensar era en zambullirse dentro de aquel maravilloso cuerpo.

Hilary sólo llevaba puesto un albornoz y se sintió vulnerable de repente, pero al encontrarse con la acalorada mirada de Roel la timidez se tornó deseo. El fuego abrasador que recorría sus venas era tan intenso que le impedía moverse.

El ambiente estaba cargado de electricidad.

-Te deseo, cara -declaró Roel.

Aquella confesión le hizo sentir placer y dolor a partes iguales. Muchas veces había fantaseado con aquel momento mágico, el momento en el que Roel la miraría milagrosamente como a una mujer deseable.

Y ahora aquel sueño se estaba convirtiendo en realidad. Roel acababa de decir que la deseaba, pero Hilary no podía correr hacia él, como hacía en sus sueños, porque en realidad Roel no la deseaba.

Lo que le ocurría era que acababa de expresar un deseo natural por una mujer que en realidad era una ilusión: su esposa, la mujer con la que él creía tener un matrimonio normal y en quien creía que podía confiar.

Pero Hilary no era esa esposa, sólo era una mujer a la que Roel había pagado para que se casara con él, una mujer que no le interesaba lo más mínimo. Y, para colmo, no era de su clase social ni tenía tanto dinero como él.

-Hilary... -dijo Roel frunciendo el ceño al verla dudar.

-No tenemos este tipo de relación -protestó Hilary.

Roel la tomó de la muñeca.

-No te entiendo...

Hilary sintió que se le formaba un nudo en la garganta, pero sabía que tenía que renunciar a aquello por el bien de Roel.

-Mira, no es importante, así que no te debes preocupar por ello. No soy una persona importante en tu vida y, cuando recuperes la memoria, te darás cuenta de que estoy diciendo la verdad y yo me alegraré de no haber bajado la guardia.

Roel la miró con curiosidad.

-¿Qué has hecho para que te trate así?

-¡No he hecho nada! -se defendió Hilary.

Roel le apretó la muñeca sin darse cuenta.

-Me estás haciendo daño...

Roel la soltó inmediatamente y le pidió disculpas, pero no olvidó de lo que estaban hablando.

-Explícame eso que has dicho de que no eres una persona importante en mi vida.

-Te pasas el día entero ocupado con el trabajo y no sueles

reparar en mí -murmuró Hilary.

-Si me has sido infiel, dímelo, haz el equipaje y vete.

-No digas tonterías, por supuesto que no te he sido infiel -contestó Hilary dándose cuenta de que en lugar de ayudarlo a estar tranquilo lo estaba preocupando cada vez más.

-Los hombres de mi familia tenemos la mala costumbre de casarnos con mujeres infieles -apuntó Roel con brusquedad-. Claro que tampoco dudamos mucho en divorciarnos.

-Me lo tomo como una advertencia -contestó Hilary intentando sonreír y entrando en el baño.

Una vez a solas, Roel recordó lo que Hilary le acababa de decir y no daba crédito.

«No tenemos este tipo de relación».

«No soy una persona importante en tu vida».

«Te pasas el día ocupado con el trabajo y no sueles reparar en mí».

¿Pero qué clase de matrimonio tenían? ¿Y por qué tenían habitaciones separadas? ¿Lo habría elegido él? Por lo que Hilary había dicho, su relación era lo que Roel quería que fuese.

Aquello lo enfurecía pues suponía un fracaso y la palabra fracaso no iba con él. El era perfeccionista, pero parecía que su matrimonio estaba muy lejos de ser perfecto. Su esposa acababa de sugerirle que era un adicto al trabajo indiferente a sus necesidades.

Le costaba creer que no se acostaba con ella, pero, ¿qué otra cosa podía pensar? Tal vez, por eso se había sentido tan sorprendida cuando la había besado en la limusina. Roel recordó que tras la sorpresa había llegado la pasión y se dijo que todo tenía solución.

Hilary se puso una falda negra por encima de la rodilla y un top verde y llamó a su hermana, a la que había decidido contarle la verdad de su matrimonio con Roel cuando todo aquello terminara.

Cuando bajó, Humberto la acompañó al comedor, en el que lucía espléndida la luz de las velas y en cuya mesa se había dispuesto una magnífica vajilla de porcelana, una estupenda cristalería y una preciosa cubertería de plata.

-Esto es precioso -le estaba diciendo Hilary al mayordomo cuando llegó Roel. -¿Qué celebramos?

-Que te han dado el alta -contestó Hilary levantando su copa de vino con manos temblorosas.

-Se me ha ocurrido un tema de conversación normal -le informó Roel—. Háblame de tu familia.

A Hilary no le importaba hablarle de los suyos, así que se sentó dispuesta a hacerlo.

-Mis padres murieron en un accidente de coche en Francia cuando yo tenía dieciséis años -explicó-. Mi hermana, Emma, tenía once.

-¿Y quién se hizo cargo de vosotras?

-La prima de mi padre -contestó Hilary omitiendo que aquella había sido una etapa de su vida espantosa-. Ahora, mi hermana está en un internado.

-¿Aquí, en Suiza?

-No, en Inglaterra.

-¿Y tienes más familia?

-No. Tenía a mi abuela, pero murió. Era italiana y ella me enseñó a hablar italiano.

-¿Y por qué no hablas en italiano conmigo?

-Porque lo entiendo casi todo, pero me da vergüenza hablar...

-Ha llegado el momento de cambiar eso -declaró Roel con decisión.

-No sé -insistió Hilary-. ¡Ya te reíste una vez de cómo hablo italiano! Me dijiste que parecía una paleta porque muchas de las palabras que usaba ya estaban obsoletas.

-Estaría tomándote el pelo, cara -contestó Roel.

No, no le estaba tomando el pelo. En realidad, Roel se había enfadado porque la peluquera había entendido una conversación en italiano que él creía confidencial.

-La verdad es que terminamos discutiendo, pero no quiero hablar de eso ahora.

Era mejor permanecer en silencio y concentrarse en la comida, que estaba deliciosa. Hilary tomó tres copas de vino, pero no tomó café y anunció que se iba pronto a la cama porque estaba muy cansada.

-Pero si no son ni las ocho -apuntó Roel con amabilidad.

-Nunca me acuesto tarde -contestó Hilary poniéndose en pie.

Roel también se puso en pie y la tomó de la mano.

-Quiero hacerte una pregunta que debes contestar.

Hilary lo miró asustada.

-¿A quién se le ocurrió que durmiéramos en habitaciones separadas?

-A ti -contestó Hilary pensando que era la única respuesta lógica.

Roel sonrió y Hilary sintió que el corazón se le aceleraba. Cuando Roel le soltó la mano, dio un paso atrás y, aunque le temblaban las piernas, consiguió darle las buenas noches e irse a su habitación.

Diez minutos después, con los dientes ya cepillados y la cara

limpia de maquillaje, Hilary apagó la luz y se metió en la cama con un suspiro, pero lo cierto era que no tenía sueño y, sin poder evitarlo, recordó los primeros encuentros con Roel.

Se había enamorado de un hombre que nunca la había invitado a salir. Había vuelto aproximadamente una vez al mes a la peluquería donde ella trabajaba. Al ver la limusina que tenía y las propinas que dejaba, la dueña de la peluquería había insistido en atenderlo personalmente la próxima vez que fuera, pero para sorpresa de Hilary Roel había insistido en que quería que lo atendiera ella.

-¿Te acordabas de cómo me llamaba? -le preguntó emocionada.

-No, pero le he dicho cómo eras.

-¿Y cómo soy?

-¿Siempre hablas tanto?

-Si me dices cómo me has descrito, me callo.

-Bajita, con los labios pintados de morado y botas de pocero.

Desde luego, no era una descripción que halagara precisamente a una mujer, pero a los cinco minutos Hilary ya se había olvidado y le estaba preguntando cuántos años tenía e intentando averiguar si estaba casado o no.

Roel nunca hablaba con ella, pero no le importaba que ella hablara. Cuando le preguntó cómo se ganaba la vida, él contestó que trabajaba en un banco. Poco después, Hilary vio en el periódico que Roel no trabajaba en un banco sino que era el dueño del Banco Sabatino.

En otra de sus visitas, Hilary lo había oído hablar por teléfono lamentándose de la muerte de su abuelo y de la posibilidad de perder el hogar familiar, que adoraba. Cuando colgó el teléfono, ella se ofreció a casarse con él para impedir aquello.

-¿Por qué no? -había insistido roja de la cabeza a los pies cuando él la había mirado con las cejas enarcadas.

No sabía de dónde había sacado el valor para hacer una sugerencia parecida, pero estaba dispuesta a hacer o a decir lo que fuera con tal de que Roel se fijara en ella.

-Se me ocurren muchas razones -contestó él con dureza.

-Seguramente porque eres un hombre muy prudente que se dedica a complicar las cosas -insistió Hilary-. Lo cierto es que tienes un problema sencillo de resolver porque lo único que necesitas es una esposa de mentira para que no te quiten tu casa y yo estoy dispuesta a ayudarte.

-No voy a seguir hablando de este tema contigo. Además, te has metido en una conversación privada.

-Entonces, pídele a alguna amiga que te ayude. No seas tan orgulloso -le había aconsejado Hilary.

-¿Dónde has aprendido a hablar italiano como una paleta?

-¿Cómo? ¿Qué le pasa a mi italiano? -le había espetado Hilary ante aquel insulto.

-Utilizas palabras arcaicas y expresiones de la Edad Media -rió Roel.

-¡A veces, eres increíblemente maleducado!

-Has interrumpido una conversación confidencial y me has propuesto algo completamente fuera

de lo normal -contestó Roel a modo de disculpa-. ¿Qué esperabas que te dijera?

-Sólo quería ayudarte...

-¿Por qué? No nos conocemos de nada.

-Tienes razón -contestó Hilary dolida pero encogiéndose de hombros-. No he dicho nada.

-Cuando te enfadas te pones fea.

-¿No hay nada en mí que te guste? —preguntó Hilary con esperanza.

-No -contestó Roel con sequedad.

-Venga, seguro que sí —insistió ella.

Roel sonrió, algo que hacía en contadas ocasiones, y Hilary sintió que se le aceleraba el corazón, pero allí se terminó todo.

Tres semanas después, la llamó por teléfono y la citó en el restaurante de un hotel, pero para que no se hiciera ilusiones le aclaró que iban a hablar de negocios.

Mientras le explicaba las condiciones del matrimonio de conveniencia, Hilary se dio cuenta de que se le había quitado el apetito. Cuando Roel le ofreció una ingente suma de dinero como compensación a aquel favor que estaba dispuesta a hacerle, Hilary se negó.

-Piénsalo detenidamente y ya hablaremos.

-Si hubiera querido dinero, no me habría ofrecido a hacer esto. No me parece bien aceptar dinero por casarme. Tú lo único que quieres es no perder la casa que ha pertenecido a tu familia durante generaciones y a mí no me parece bien aceptar dinero para hacerte ese favor.

Sin embargo, durante los siguientes días se lo pensó mejor y se dio cuenta de que el dinero que Roel le ofrecía les haría la vida más fácil a su hermana y a ella. Podrían mudarse a un barrio mejor y podría abrir su propia peluquería para estar más tiempo con Emma.

Al final, Hilary acabó aceptando una décima parte de la

cantidad que Roel le había ofrecido en un principio. En cuando aceptó el cheque, se dio cuenta de que había perdido su respeto.

Hilary suspiró, pues el pasado ya nadie podía cambiarlo y volvió al presente. Unos segundos después, oyó una puerta que se abría y Roel encendió la luz.

Hilary se quedó mirándolo fijamente mientras le apartaba la colcha y la tomaba en brazos.

-¿Qué haces? -le preguntó mortificada.

-A partir de ahora, vamos a dormir juntos, cara -contestó Roel llevándola a su dormitorio.

-No me parece una buena idea -murmuró Hilary.

Capítulo 4

ROEL dejó a Hilary sobre la cama. El deseo le sonrojaba las mejillas y el camisón azul que llevaba no era precisamente modesto. Lo cierto era que a Hilary le gustaba llevar lencería refinada estando sola porque la hacía sentirse una mujer glamurosa, pero no estaba acostumbrada a tener público, así que se apresuró a sentarse y taparse las piernas con la sábana.

Roel se desabrochó la camisa y se quitó los zapatos. Hilary se quedó sin aliento. Se dijo que debía apartar la mirada, pero no pudo. Tenía veintitrés años y nunca había visto a un hombre desnudo. Jamás había estado a solas en la misma habitación con un hombre.

¿Por qué? Porque seguía siendo virgen. En cierto sentido, estaba convencida de que seguía siéndolo precisamente porque había conocido a Roel y había decidido que quería lo que no podía tener.

A los diecinueve años había descubierto que el deseo físico cortaba como un cuchillo y aniquilaba el raciocinio y el orgullo. Aunque cuando se conocieron él no sentía por ella lo mismo que ella por él, cuando se separaron Hilary había comparado a todos los hombres que habían aparecido en su vida con Roel. Ninguno había dado la talla.

-Me voy a duchar, bella mía...

-No soy guapa, así que no me llames así -contestó Hilary apartando los ojos de aquellos músculos perfectos y bronceados.

Roel se arrodilló junto a la cama y la miró.

-Si te digo que eres guapa es porque lo eres -le aseguró.

-Pero...

-Tienes un cuerpo precioso...

-Soy bajita...

-Sí, pero tus curvas son maravillosas. Desde que te he visto, he querido agarrarte en brazos y depositarte en mi cama y aquí estás.

Roel se puso en pie y se bajó la cremallera de los pantalones.

-Deberías descansar -insistió Hilary apartando la mirada muy a

su pesar.

-Duérmete y deja de discutir -rió Roel. Se reía, sonreía. Parecía feliz y aquello a Hilary se le hacía extraño. Se giró y se dijo que no pasaba nada por compartir la cama. Además, era una cama grandísima, pero... ¿y si Roel se acercaba a su lado en mitad de la noche y se ponía cariñoso?

¿Lo rechazaría? Sabía que no. Lágrimas de rabia se incrustaron en sus ojos y parpadeó furiosa para acabar con ellas.

La voz de su conciencia le recordó que Roel recuperaría la memoria pronto y Hilary se preguntó cómo se sentiría si hubiera habido algo físico entre ellos para entonces. Era un hombre soltero y sofisticado y seguramente el sexo para él no sería nada serio. Si ella conseguía comportarse de manera también casual, Roel creería que para ella tampoco había significado nada.

Hilary se dio cuenta de repente de que estaba intentando convencerse a sí misma de que no pasaría nada por acostarse con Roel.

-¿Sigues despierta, cara?

Al oír su voz, Hilary sacó la cabeza de debajo de la almohada y lo miró.

Sólo llevaba una toalla anudada a la cintura y las gotas de agua le resbalaban desde el pelo y le caían por el torso.

Hilary asintió pajo la atenta mirada de Roel, que se sentó en el borde de la cama y apartó la sábana.

-Quiero verte -le dijo con voz ronca.

Hilary sintió que el corazón se le aceleraba.

-Quiero verte todo... -añadió Roel.

Hilary iba a decir que no, de verdad, iba a negarse, pero entonces cometió el error de mirarse en aquellos impresionantes ojos castaños y perdió la razón.

-Roel...

-Me encanta cómo dices mi nombre -contestó él besándola en los labios con delicadeza.

Acto seguido, su lengua pidió paso y se introdujo en su boca. Hilary no pudo evitar gemir y acariciarle el pelo.

-Tienes una boca increíble -dijo Roel tomándola en brazos y colocándola a horcajadas sobre sus caderas.

-No deberíamos... -le advirtió Hilary sorprendida-. No podemos hacerlo.

-¿Ah, no? -contestó Roel desabrochándole el camisón y dejando sus pechos al descubierto-. Santo cielo... eres preciosa...

Hilary se sonrojó de pies a cabeza mientras Roel jugueteaba con

sus pezones. Se sentía intimidada y emocionada a la vez por sus caricias. En ese momento, Roel inclinó la cabeza y sus labios siguieron el mismo rastro que sus dedos.

-Oh... -exclamó Hilary sorprendida mientras una deliciosa sensación, entre placentera y dolorosa, se apoderaba de ella.

Era una sensación que nacía en el pezón y viajaba por todo su cuerpo hasta su entrepierna. Hilary dejó caer la cabeza sobre su hombro en señal de rendición.

-Desde que te vi en la clínica, he soñado con este momento, con tenerte en mi cama -confesó Roel-. ¿Ocurrió lo mismo cuando nos conocimos?

-Nunca me lo has dicho -murmuró Hilary escondiendo el rostro en su hombro.

-Así que no comparto mis secretos cuando me despierto a tu lado, ¿no?

-Oh...

Roel la apoyó contra las almohadas para poder admirarla y besarla bien. Cuando se dio cuenta de que Hilary movía rítmicamente las caderas, sonrió satisfecho.

-Me deseas, bella mía.

Era inútil negarlo. Hilary sentía todo su cuerpo en tensión, jamás se había sentido tan viva. No podía pensar con claridad, sólo podía sentir. Alargó el brazo para atraerlo hacia ella.

-No tengas prisa -dijo Roel con voz sensual mientras le quitaba el camisón y se fijaba en los rizos rubios de su pubis.

-Roel...

Al saberse imperfecta y no pudiendo aguantar el escrutinio, Hilary se dio la vuelta y se tapó con la sábana. Acto seguido, Roel se puso en pie y se quitó la toalla. Lo que vio dejó a Hilary sin aliento.

Roel estaba completamente excitado.

Sin darle importancia, se tumbó junto a ella en la cama y Hilary creyó que se iba derretir de deseo.

-Te deseo -rugió Roel besándola con fuerza-, pero también quiero atormentarte de placer...

Hilary se regocijó al sentir el peso de su cuerpo encima, le pasó los brazos por el cuello y lo besó con pasión. Aquellos besos y aquella situación eran mucho mejor de lo que jamás había soñado.

Lo cierto era que se sentía perdida en un nuevo mundo de sensualidad y Roel no hacía más que hacerla gozar acariciándole los pechos.

-Me gusta mirarte -le dijo.

Hilary sintió una punzada de deseo entre las piernas que la hizo

abrir los ojos y, comprendiendo su deseo, Roel le tocó la entrepierna, descubrió la humedad que allí se escondía y recorrió la entrada de su cuerpo haciéndola gemir.

-Roel, por favor... -le rogó Hilary completamente excitada.

Roel accedió a sus deseos y se introdujo en su cuerpo.

-Estás muy tensa, cara mía -rugió de placer mientras Hilary se sorprendía ante aquella invasión.

Roel volvió a intentarlo y aquella vez consiguió llegar al centro de su cuerpo. Hilary gritó de dolor y se le saltaron las lágrimas.

Roel se quedó mirándola fijamente con incredulidad.

-¿Eres virgen o son imaginaciones mías?

El cuerpo de Hilary se estaba ajustando al invasor y el dolor había remitido. Siempre había soñado con que Roel fuera el primer hombre con el que se acostara y lo había conseguido, así que no podía permitirse parar ahora.

-No sabía que iba ser así... no pares...

-Mi esposa es virgen... -comentó Roel algo nervioso.

Hilary le pasó los brazos por el cuello invitándolo a seguir.

-Por favor...

Roel volvió a introducirse en su cuerpo y pronto sus caderas se acompasaron en cíclicos movimientos que los llevaron a convulsionarse hasta alcanzar el clímax.

Sorprendida por aquella sensación, Hilary se dejó caer contra las almohadas y se quedó en silencio. Se dio cuenta de que no debería haberse dejado llevar y de que, además, al haberse acostado con Roel se había entrampado ella sólita.

No se había dado cuenta de que Roel se iba a percatar de que era virgen y aquello no encajaba, pues se suponía que era su mujer.

En ese momento, Roel la abrazó y la miró a los ojos.

-Eres increíble... -comentó-. ¿Cómo es posible que fueras virgen?

Hilary palideció y se dio cuenta de que Roel se estaba preguntando si se acababan de casar. Estaba tan avergonzada que no se atrevía a mirarlo a los ojos.

¿Se había vuelto loca?

-Estás muy callada... -comentó Roel.

-¡Me muero por ducharme! -exclamó Hilary levantándose de la cama de un salto.

Lo único que podía pensar era en huir, pero de repente se dio cuenta de que estaba completamente desnuda y se arrodilló en el suelo con poca gracia para recoger su camisón y ponérselo a toda velocidad.

Una vez vestida de nuevo, recobró la compostura y salió de la

habitación con dignidad. Roel la miró con incredulidad.

-¿Qué te pasa?

-¿Qué quieres que me pase? -contestó Hilary forzando una sonrisa y volviendo a su habitación para encerrarse en el baño.

¿Qué iba a pensar Roel de ella cuando recupera la memoria? La vergüenza se apoderó de ella. Le iba a parecer una mujer patética por haberse acostado con él en aquellas circunstancias.

Quizás, se diera cuenta de que sólo una mujer completamente enamorada se entregaría precisamente en aquellas circunstancias porque la desesperación la llevaría a agarrarse a un clavo ardiendo.

En cualquier caso, le iba a parecer patética y aquello la mortificaba.

En la habitación de Roel sonó el teléfono y Humberto lo informó en tono poco menos que confidencial de que tenía una visita.

-¿De quién se trata? -preguntó Roel mientras comenzaba a vestirse.

El mayordomo no quiso decírselo por teléfono, así que Roel se vio obligado a bajar.

-¿A qué viene tanto misterio? -le preguntó a Humberto en tono seco.

-Ha venido a verlo la señorita Céline Duroux -contestó el mayordomo.

Roel apretó las mandíbulas porque aquel nombre no le decía nada y aquello lo frustraba sobremanera.

-¿He hecho mal en dejarla entrar? -se lamentó Humberto.

Roel se preguntó por qué habría de haber hecho mal el mayordomo en dejar entrar a aquella mujer, pero el orgullo le impidió confesarse con un empleado, así que no dijo nada.

Se limitó a pasar al salón de las visitas donde Humberto había alojado a la invitada. Se trataba de una mujer de pelo castaño y ojos verdes, muy guapa, que fue hacia él y lo abrazó con fuerza.

-¿Te haces una idea de lo preocupada que me tenías? -preguntó aquella fémina de cuerpo escultural-. Habíamos quedado ayer y, como no apareciste, pensé que estarías demasiado ocupado, pero cuando me enteré de que habías tenido un accidente decidí venir.

Desconcertado por su saludo, Roel se apartó de ella y la miró con recelo.

-Como puedes observar, no hay motivo de preocupación. Estoy muy bien.

-No seas tan frío conmigo -protestó Céline.

-¿Estoy siendo frío? -preguntó Roel para ganar tiempo. ,

La modelo hizo un puchero y lo miró de manera provocativa.

-Está bien -suspiró-. No debería haber venido porque sé que crees que tu amante debe ser ultra discreta, pero no estamos en el siglo XIX.

Roel consiguió mantener la compostura ante aquella revelación. Entonces, comprendió por qué Humberto no sabía si había hecho bien dejándola entrar. Céline Duroux era su amante y tenía la caradura de ir a su casa a pesar de que sabía que era un hombre casado.

Por desgracia, la conducta de su amante le revelaba que su propia conducta para con su mujer no debía de haber sido muy acertada.

Era obvio que, antes del accidente de coche, no había prestado atención a su matrimonio ni a su mujer.

-Tienes razón. Creo que hubiera sido mucho mejor que no hubieras venido -le espetó-. Ya que estás aquí, aprovecho para decirte que nuestra relación ha terminado.

Céline lo miró enfadada mientras Roel se disculpaba con el único objetivo de que aquella mujer saliera de allí antes de que Hilary se enterara de su presencia. No le estaba gustando nada enterarse de que su vida era un caos.

¡Ahora comprendía por qué Hilary se mostraba tan tensa con él!

¿Sabría que existía Céline? ¡Por supuesto que sí! Ése debía de ser el motivo por el que su matrimonio no se había consumado. ¿Se había negado Hilary a acostarse con él mientras tuviera una amante?

Sin duda, aleccionada por el doctor Lerther, su esposa no había querido darle ninguna información que lo pudiera preocupar.

Si no hubiera sido por lo nerviosa y confundida que la había visto después de haberse acostado con ella, habría pensado que seguía siendo virgen porque se acababan de casar.

Lo cierto era que seguía siendo virgen porque él era un bastardo. Inmediatamente, se sintió culpable, algo que era nuevo para él.

Los hombres de su familia se enorgullecían de ser personas honestas, eran sus mujeres las que eran infieles, ambiciosas, promiscuas y débiles. Sin embargo, Hilary no era así en absoluto.

Céline intentó hacerlo cambiar de opinión y, al ver que no lo conseguía, lo acusó de ser increíblemente cruel e insensible.

Roel no contestó.

Al final, Céline se dio por vencida y salió al vestíbulo justamente cuando Hilary bajaba las escaleras buscando a Roel. Se quedó petrificada en el sitio, observando a aquella belleza de cabellera

castaña y piernas tan largas como todo su cuerpo.

¿Habría ido a ver a Roel? ¿Sería su novia? ¿Cómo demonios no se le habría ocurrido pensar que Roel pudiera tener novia?

Confusa y nerviosa, Hilary se apresuró a volver a la cama. Antes de quedarse dormida, pensó que, si Roel hubiera tenido una mujer en su vida, su tía no se habría puesto en contacto con ella.

Diez minutos después, Roel observaba a su esposa dormida.

Tenía las pestañas pegadas y los ojos algo hinchados, como si hubiera estado llorando. Se maldijo a sí mismo y recordó que nunca se había preocupado demasiado por los sentimientos de las mujeres que lo rodeaban.

Jamás se había enamorado de ninguna y siempre había sido el que había puesto punto final a las relaciones, pero aquella mujer era diferente porque era su esposa y la estaba haciendo infeliz.

Hilary no se merecía aquello.

No le había hablado de Céline y eso quería decir que era una mujer razonable. Roel decidió no hablar de aquel tema tampoco. Había cosas de las que era mejor no hablar.

Lo único que importaba era que Hilary era su esposa. Roel decidió que aquél era un buen momento para comenzar de nuevo...

Cuando Hilary se despertó, sintió un desconocido dolor entre las piernas y recordó todo lo que había sucedido la noche anterior.

Consultó el reloj y comprobó que era más de mediodía. Había tenido pesadillas y no había dormido bien. Se levantó de la cama recordando la cara de Roel mientras hacían el amor.

Se estremeció. Pensar en él hacía que le fallaran las piernas.

Lo que más le gustaba era poder fingir que Roel era su hombre. Era ridículo, pero era su sueño hecho realidad.

La noche anterior se había arrepentido por haberse acostado con él, pero ahora, mientras abría las cortinas, decidió que no era para tanto.

Se había acostado con él, sí, pero no creía que para Roel aquello hubiera sido demasiado importante. Al fin y al cabo, no se acordaba de ella, pero no había perdido el tiempo. La había llevado a su cama en cuanto había podido y lo cierto era que Hilary no se arrepentía.

Para ser completamente sincera consigo misma, se moría de ganas porque aquello volviera a repetirse, por volver a sentir aquel extraordinario placer.

¿Se había vuelto loca? No, estaba desesperadamente enamorada de aquel hombre y no se podía imaginar compartir algo tan íntimo con otro que no fuera él.

¿Qué había de malo en querer tener unos cuantos buenos recuerdos para el futuro? Cuando Roel hubiera recuperado la memoria y se hubiera deshecho de ella, al menos tendría los recuerdos para seguir viviendo.

Además, sabía que no iba a ser capaz de encontrar a otro hombre pues Roel era superior a todos. Por eso no se había enamorado nunca y nunca volvería a enamorarse.

En aquel momento, oyó un ruido a sus espaldas mientras se pintaba los labios en el baño.

-Ah, eres tú -murmuró al ver entrar a su marido.

-Dormilona -contestó él.

Hilary se quedó mirándolo a los ojos por el espejo.

-A ti no te hacen falta esas cosas -le aseguró Roel frunciendo el ceño y mirando la increíble colección de maquillajes que Hilary tenía-. Tíralos.

-Me gusta pintarme -contestó Hilary con actitud desafiante porque no le había gustado que le hablara en tono tan dominante.

-Pues a mí, no -le informó Roel.

-Me alegro entonces de que no te maquilles -bromeó Hilary.-No me gusta lo que es falso.

Hilary terminó de pintarse los labios de color fresa y le sonrió.

-Eres un hombre increíble... pero demasiado controlador y mimado...

-¿Mimado? -repitió Roel estupefacto.

-Estás acostumbrado a dar órdenes a todo el mundo, al servicio de tu casa, a los empleados de tu banco, a todo el mundo. Cualquiera diría que te vas a cansar cualquier día de dar órdenes, pero parece que cada vez te gusta más.

-Expresar mis preferencias no es lo mismo que dar órdenes -contestó Roel con frialdad.

-Hablas en un tono que parece que das órdenes, pero te advierto que no voy a dejar de pintarme porque a ti no te guste el maquillaje. El traje que llevas es muy bueno, pero muy aburrido. ¿Lo vas a tirar a la basura porque a mí me parezca de hombre mayor?

-Es perfecto para ir al banco -contestó Roel.

-Pero ahora no estás en el banco -le recordó Hilary mirándolo provocativa.

Roel se sacó las manos de los bolsillos y la agarró de las caderas.

-Estás muy graciosilla esta mañana...

Hilary lo miró a los ojos y Roel la apretó contra su cuerpo.

-Me excitas -confesó-. Si las doncellas no estuvieran en tu

habitación haciéndote el equipaje, te tomaría aquí mismo. Me encantaría hacerlo de manera salvaje y rápida y creo que a ti también te iba gustar, bella mia.

Hilary se sonrojó. No podía creer lo que acababa de oír, pero le había gustado. Le temblaban las piernas. Estaba completamente excitada. De hecho, los pezones amenazaban con taladrarle la camiseta.

-Creo que podría hacerlo sin estropearte el maquillaje -añadió Roel.

-No lo dudo...

-Pero creo que me voy a esperar a que te lo quites -sonrió mirándola con pasión.

-¡Pues vas a esperar sentado! -exclamó Hilary mortificada por su burla y apartándose de él.

Lo miró de nuevo y se lanzó.

-Anoche vi a una mujer salir del salón y me estaba preguntando quién era...

-¿Qué mujer? -contestó Roel algo tenso.

-Tenía el pelo largo y era muy guapa.

-Ah, sí... -dijo Roel encogiéndose de hombros-. Es una empleada.

Hilary sintió un tremendo alivio. Había sido tonta por sentir miedo por el mero hecho de ver a una mujer guapa en su casa.

En ese momento, una de las doncellas reclamó la atención de Roel.

-Hilary, la doncella me está diciendo que no encuentra tu ropa -le dijo Roel-. Por lo visto, aquí no hay más que un par de trajes.

Hilary se quedó de piedra. Obviamente, Roel esperaba que tuviera una impresionante colección de ropa, como todas las mujeres de hombres ricos.

¿Cómo demonios le iba a explicar que los armarios y los cajones estuvieran vacíos?

-Decidí hacer limpieza -contestó encogiéndose de hombros.

-Pero es que me está diciendo que sólo tienes dos vestidos, cara.

Hilary se mordió el labio inferior y bajó la mirada.

-Tal vez, me excedí un poco...

Se hizo el silencio y Hilary se puso cada vez más nerviosa.

-Voy a tener que ir de compras -murmuró mirándolo.

-Cualquiera diría que has estado viviendo en otro sitio -comentó Roel.

-¿Cómo se te ocurre decir algo así?

-Explícame, entonces, por qué los armarios están vacíos.

Hilary tomó aire.

-Tuvimos una discusión estúpida porque no te gusta cómo visto y me enfadé tanto contigo que lo tiré todo -le explicó.

-Conociendo el genio que tienes, te creo -sonrió Roel.

-¿Por qué están haciendo las doncellas mi equipaje? ¿Dónde vamos?

-Al Castello Sabatino.

Capítulo 5

EL CASTELLO Sabatino era un castillo medieval que se alzaba sobre un remoto valle cerca de la frontera italiana.

Lo rodeaba un precioso lago de aguas cristalinas en las que se reflejaba su inmensa silueta y los picos nevados que lo circundaban.

Tanto el edificio como los alrededores eran increíbles y Hilary entendió inmediatamente que Roel hubiera estado dispuesto a casarse con ella con tal de no perder aquel lugar.

El helicóptero que habían tomado en Ginebra aterrizó en el helipuerto que había junto al castillo. Roel la ayudó a salir del aparato, la agarró de la mano y la condujo hacia el interior.

De repente, Hilary se dio cuenta de que fruncía el ceño ante la claridad del día.

-¿Estás bien? -le preguntó.

-Sí, sólo estoy un poco cansado -contestó Roel molesto por no estar en plena forma-. Es que esta mañana me he ido a trabajar a las cinco...

-¿Cómo? -lo interrumpió Hilary parándose en seco.

-Yo soy el Banco Sabatino. El banco no funciona sin mí -contestó Roel bruscamente-. Tenía que familiarizarme con lo que ha pasado recientemente, asegurarme de que las operaciones siguieran sin mí y ocuparme de lo que no entendía.

-¡No me puedo creer que haga tan sólo veinticuatro horas que tu médico te dijo que necesitabas reposo absoluto y tú ya hayas ido a trabajar al amanecer! -le espetó Hilary.

-He hecho lo que debía hacer.

Hilary lo miró y vio que estaba apretando los dientes. Aquel hombre era un cabezota redomado, pero parecía agotado.

-No respetas tu salud.

-¿Te crees que puedo desaparecer como si nada? -le contestó Roel entrando en el castillo-. Tenía que dar una explicación. De lo contrario, el pánico hubiera dañado a mi empresa.

-¿Y qué les has dicho?

-Les he dicho que, como consecuencia del accidente, veo doble y que tengo que descansar la vista. Así, mis secretarias me han dado toda la información que les he pedido sin sospechar nada.

-Muy listo -concedió Hilary admirada.

-Además, les he dicho que iba a aprovechar para disfrutar de unas bien merecidas vacaciones con mi esposa.

-¡Dios mío! Los habrás dejado con la boca abierta...

Hilary estaba convencida, después de haber visto la reacción de Humberto, de que excepto su tía Bautista nadie debía de saber que estaba casado.

Por tanto, oír hablar de ella así, de repente, debía de haber sido una conmoción para sus empleados.

-Sí, se han sorprendido porque nunca me suelo ir de vacaciones -admitió Roel-. Por cierto, deberías haberme consultado antes de decirle a Humberto que no me pasara llamadas.

Hilary se sonrojó.

-Hubieras dicho que querías hacerte cargo de ellas -se defendió.

-Me ha parecido una buena idea a corto plazo -contestó Roel saludando con respeto a Florenza, el ama de llaves que había salido a recibirlos-, pero no vuelvas a dar órdenes en mi nombre sin habérmelo consultado primero.

Hilary abrió la boca para defenderse, pero Roel le puso un dedo en los labios para que se callara. Hilary se estremeció.

-Sabes que tengo razón...

-No, no lo sé. ¿Qué te pasa?

Roel se quedó mirándola unos segundos y arrugó el ceño.

-Saliste corriendo a la calle detrás de mí...

Hilary no comprendió lo que le estaba diciendo, pero, al ver que se secaba el sudor que le corría por la frente, se asustó.

-Roel, por favor, siéntate.

-No... -se negó Roel agarrándola de la cintura—. Vamos arriba a hablar de esto en privado.

-¿Hablar de qué? -murmuró Hilary nerviosa.

Entonces, lo comprendió.

«Saliste corriendo a la calle detrás de mí».

-Has recordado algo -le dijo tensa-. Has recordado algo sobre mí.

-Ha sido como si alguien me hubiera puesto una fotografía vieja delante -le explicó Roel abriendo una puerta con impaciencia-. Querías devolverme la propina que te había dejado...

-Sí... -contestó Hilary retorciéndose los dedos. Roel la miraba atónito.

-¿Por qué te había dejado una propina? ¿Era una broma nuestra o algo así?

Hilary palideció. Entre ellos se estaba abriendo un abismo imposible de cerrar. Roel estaba empezando a comprender que ella no pertenecía a su privilegiado mundo.

-Te había cortado el pelo -le explicó. -¿El pelo? -repitió Roel estupefacto. Hilary apretó los labios y asintió. -Soy... peluquera. Aquella vez en la que me diste esa propina fue la primera que nos

vimos.

-\lnferno\ ¡Recuerdo perfectamente lo que estaba pensando y sintiendo en ese preciso instante! Estaba completamente excitado -admitió Roel con brutal sinceridad-. Quería meterte en la limusina, ir a un hotel y no salir en todo el fin de semana. Hilary se sonrojó de pies a cabeza. Bueno, por lo menos no le estaba mintiendo. Por una parte, era halagador que la hubiera encontrado atractiva, pero Hilary no se sentía halagada. Se sentía furiosa.

¿Y después de ese fin de semana qué? Nada, ¿verdad? Para él, sólo habría sido una fresca con la

que pasar un par de noches. ¿Cómo se atrevía a pensar que se hubiera ido con él si no lo conocía de nada?

¿Qué la estaba llamando?

De repente, sintió una inmensa angustia. Lo cierto era que, tal vez, se hubiera ido con él. No el primer día, por supuesto, pero si Roel se lo hubiera pedido más adelante habría accedido porque estaba completamente anonadada con él y estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de estar a su lado.

Incluso acostarse con él.

Sintió que la rabia hacía que se le saltaran las lágrimas.

-Perdón, no debería haber dicho eso -se disculpó Roel apoyándose en la pared.

Obviamente, estaba agotado.

-No te preocupes, no soy una mujer débil -mintió Hilary intentando sonar natural-. Por favor, túmbate un rato. Estás muy cansado.

Roel se aflojó la corbata y se desabrochó la camisa mientras avanzaba hacia el dormitorio contiguo.

-Creo que voy a llamar al médico -dijo Hilary desde la puerta.

-¡No me pasa nada! —le espetó Roel—. Deja de darme la lata.

Hilary lo observó mientras se dejaba caer sobre la cama y apoyaba la cabeza sobre las almohadas. Ni siquiera se había quitado los zapatos.

Hilary cerró las persianas y lo miró. Roel extendió una mano hacia ella en un gesto reconciliador.

-Deberías saber, cara mia, que tomo mis propias decisiones.

-Ningún problema -le aseguró Hilary con ternura sentándose en el borde de la cama y entrelazando los dedos con los suyos.

No, que Roel tomara sus propias decisiones no era ningún problema siempre y cuando coincidieran con las conclusiones de Hilary.

-Lo que te he dicho... recordar así, de repente, me ha pillado por

sorpresa y he sido un bestia.

-No digas eso -contestó Hilary con ternura-. Has sido un poco brusco, eso sí, pero te perdono porque sueles ser el hombre más romántico del mundo.

Roel le soltó la mano y abrió los ojos.

-¿Romántico? -sonrió-. Me estás tomando el pelo...

-No, de eso nada -le aseguró Hilary.

Roel le pasó el brazo por la cintura y la agarró con fuerza.

-Quédate hasta que me duerma.

Hilary estuvo a punto de preguntarle si su madre solía hacer eso, pero se mordió la lengua a tiempo. Era imposible que tuviera recuerdos así de su infancia pues su madre se había fugado con su amante cuando Roel sólo tenía un año y no la había vuelto a ver.

Hilary esperó a que se durmiera y bajó a hablar con el ama de llaves. A continuación, comió en un delicioso comedor lleno de flores.

A pesar de que el entorno era increíble, ella sólo podía pensar en Roel y en lo difícil que iba a ser volver a casa sin él, habiéndolo perdido para siempre. Ya había empezado a recordar, así que aquello era imparable.

Cuando el doctor Lerther le había dicho que la amnesia de Roel iba a ser temporal y que pronto recobraría la memoria, Hilary había pensado que el médico era demasiado optimista, pero ahora se daba cuenta de que tenía razón.

Roel no iba a tardar en recordar los cinco años que se le habían borrado y dejaría de necesitarla. ¿Es que acaso la había necesitado en algún momento? ¿No había sido ella la que se había hecho aquella ilusión?

Volvió junto a él después de comer y se sentó en una silla a observarlo mientras dormía. Se dijo que su relación tenía que ser estrictamente platónica. ¿Qué pensaría de ella cuando hubiera recuperado la memoria?

¿Le parecería extraño que se hubiera acostado con él? Tal vez, ni le importara.

«Es un hombre», le dijo una voz interior.

Efectivamente. Roel no iba a pasarse mucho tiempo dándole vueltas a la cabeza sobre ella. No, lo único que iba a querer iba a ser volver a su vida normal. Seguro que se sentiría muy aliviado de saber que estaban casados sólo por conveniencia.

Seguro que se reiría.

Hilary abrió los ojos y vio que estaba tumbada en la cama. Los primeros rayos del sol entraban por la ventana y recortaban la

silueta de Roel, que la estaba mirando.

Estaba desnudo y junto a ella. -¿Qué hora es? -murmuró Hilary sorprendida de verse de nuevo en la misma cama que él.

-Las siete y cinco -contestó Roel-. He dormido un montón y me siento muy bien.

-No recuerdo haberme metido en la cama... -No te metiste tú. Te quedaste dormida en la silla -le explicó Roel-. No deberías preocuparte tanto por mí, cara. Sé cuidarme solo.

Hilary sintió un escalofrío por la espalda y se encontró acercándose un poco más a él. Presa del pánico, pensó que aquello era como estar poseída. «No más sexo», se recordó sentándose. Sin dudarlo, Roel la agarró, la volvió a tumbar y la miró con intensidad.

-Usted no se va a mover de aquí, señora Sabatino. Que la llamara así no hizo sino dolerle. -Pero...

-Estás muy inquieta hoy -rió Roel colocando un muslo entre sus piernas-. No puedes levantarte hasta que yo te dé permiso.

Hilary lo miró a los ojos y se dio cuenta de que lo deseaba con todo su cuerpo. Mientras lo pensaba, Roel la besó con sensualidad y, al percibir su deseo, el de Hilary se acrecentó sobremanera.

Roel la miró y, al ver que estaba igual que él, comenzó a juguetear con sus pezones. Hilary sintió una punzada entre las piernas y el instinto le hizo echar las caderas hacia delante.

-Me deseas -dijo Roel muy satisfecho.

-Sí... —admitió Hilary.

¿Cómo era posible que no fuera capaz de resistirse a él cuando había tomado la firme decisión de hacerlo?

Se moría por besarlo y su cuerpo echaba de menos aquellas manos expertas que sabían darle placer. Aquello aplastó a la vocecita que le decía que no estaba actuando con prudencia.

Hilary lo besó con pasión, metió los dedos entre su pelo y le acarició los hombros. Le lamió el torso y sintió que el deseo era superior a sus fuerzas.

-Te deseo -rugió Roel tumbándose sobre ella y penetrándola sin previo aviso.

La sorpresa se tornó placer rápidamente y Hilary sintió un vivo fuego entre las piernas. El éxtasis se había apoderado de ella y no dejaba sitio para la vergüenza ni el orgullo.

Hilary alcanzó el clímax con un grito y, pocos segundos después, Roel la siguió. Hilary sintió lágrimas de felicidad en los ojos, se apoyó en los almohadones y abrazó a Roel, que la besó lentamente mientras ella intentaba recuperar el aliento.

Lo miró y se maravilló ante su belleza masculina al tiempo que

una inmensa oleada de amor y de aprecio por él se apoderaba de ella.

Los ojos de Roel se miraron en los suyos y se dio cuenta de que lo estaba mirando con ternura, pero aun así Hilary no quiso negarse el placer de mirarlo.

Era increíblemente guapo.

-Me dejas sin aliento... -susurró con voz trémula acariciándole los labios.

Roel le agarró la mano y le miró los dedos sorprendido.

-¿Y tu alianza?

Hilary se quedó helada.

-Yo... eh... nunca he querido llevarla... -improvisó.

-¿Por qué? -le preguntó Roel con curiosidad.

Hilary se sonrojó.

-Yo... bueno, siempre me ha parecido que las alianzas estaban pasadas de moda y no me apetecía llevarla.

-No me gusta -opinó Roel sin dudarlo-. Eres mi esposa y quiero que lleves alianza.

-Me lo pensaré -contestó Hilary sintiéndose fatal consigo misma por mentirle de nuevo.

-No, no hay nada que pensar. Te voy a comprar una alianza y la vas a llevar. Se acabó la discusión -sentenció Roel levantándose de la cama y poniéndose los calzoncillos.

Se paró cuando estaba cruzando la habitación, se giró hacia ella y la miró con intensidad.

-Ahora que lo recuerdo, todavía no me has dicho por qué seguías siendo virgen -le espetó.

-Y no pienso decírtelo si me hablas en ese tono -contestó Hilary sentándose y tapándose con las sábanas.

-Tarde o temprano, me lo dirás -insistió Roel. Hilary lo miró furiosa y le habló en italiano. ¡De eso, nada! Cuando recuperes la memoria, te darás cuenta de que mi falta de experiencia no es ningún misterio.

-¿De verdad?

-¡Además, te va a dar igual! -le aseguró Hilary.

-¿Me gustaría saber por qué me casé contigo?

Hilary se quedó de piedra.

-Te casaste conmigo por las mismas razones por las que se casa cualquier hombre con cualquier mujer -murmuró Hilary.

-¿Me estás diciendo que me enamoré de ti?

-Yo no he dicho eso... -contestó Hilary-. Bueno, sí, te enamoraste de mí-añadió decidiendo que era mejor darle la razón y dejar el

tema.

Roel dio un paso hacia ella.

-¿Quería un cuento con final feliz?

-¿Por qué no? -se defendió Hilary.

-Por nada -contestó Roel tomándola en brazos-. Si me enamoré de ti, seguro que fue porque te gustaba ducharte conmigo -bromeó.
-¿Me estás retando? -contestó Hilary.

Mientras desayunaban en una preciosa terraza cuajada de flores de vivos colores, Hilary le preguntó a Roel por la historia del castillo, un hogar que era obvio que adoraba.

Intentó no pensar en las mentiras que le había contado pues Roel había parado de hacer preguntas y ya no parecía preocupado por su relación.

El doctor Lerther le había dicho que no debía decirle nada que pudiera preocuparlo, así que había hecho lo correcto, ¿no?

Hilary se dijo que por un par de mentirijillas no pasaba nada.

-Te he preparado una sorpresa -le dijo Roel al terminar de desayunar.

-¿Qué sorpresa?

-Se me ocurrió que ya iba siendo hora de poner solución al problema de tu vestuario -contestó abriendo la puerta de un salón.

Roel había invitado a varios diseñadores de ropa para que acudieran al castillo con una selección de sus colecciones.

Hilary se encontró rodeada de modistos que le tomaban medidas. Estaba aterrada. ¿Cómo iba a permitir que Roel se gastara una fortuna en comprarle ropa? Era imposible pues había visto con sus propios ojos la poca ropa que tenía.

Minutos después, la pusieron de nuevo ante su marido vestida con un traje de falda y chaqueta a la última moda.

Roel la miró atentamente. El color aguamarina ensalzaba la blancura de su piel y las prendas, tanto la falda como la chaqueta, realzaban su figura.

-Impresionante -le dijo al oído.

Por primera vez en su vida, Hilary se sintió el centro de atención. Al ver que Roel la miraba con aprobación, dejó de pensar en sus imperfecciones.

Estaba muy orgullosa de sí misma y se olvidó de que siempre había pensado que le faltaba altura y le sobraban curvas.

A partir de aquel momento, se probó varios conjuntos encantada. Se vio con un delicioso vestido de fiesta, un increíble traje pantalón y una serie preciosa de vestiditos de diario que hicieron las delicias de Roel. También había bolsos y zapatos a

juego.

Aquello era maravilloso. Era como un sueño hecho realidad. Todas aquellas personas se habían puesto de acuerdo para que ella jugara a lo que más le había gustado jugar de pequeña: a disfrazarse.

En pocas horas, tenía más ropa de la que había tenido jamás. Se dio cuenta de que no le iba a dar tiempo a estrenar muchas de las cosas que Roel le había comprado, pero se dijo que, cuando se hubiera ido, Roel podría devolverlas.

No pudo negarse a adquirir también varios camisones y conjuntos de lencería.

-Me parece que me estoy pasando -dijo de repente.

-Eres mi esposa y quiero que tengas todo lo que te guste -contestó Roel.

Hilary sintió que algo se le retorcía en el corazón y no pudo evitar hacer una mueca de disgusto.

-¿Hilary?

-Eres demasiado generoso -contestó con un nudo en la garganta.

-Pero tú sabes cómo darme las gracias, ¿verdad? -sonrió Roel con malicia y sensualidad.

Hilary sintió que el corazón le latía aceleradamente. Aquel hombre era tan guapo que la hacía estremecerse. Tenía un poder sobre ella que la acongojaba y la atraía a la vez.

-Si no lo sabes, ya te daré yo alguna pista, bella mia -añadió.

Hilary tuvo que apretar las piernas, sorprendida por la intensidad de su reacción física ante sus palabras.

Roel se acercó a ella y la abrazó. Al sentir su potente erección, Hilary se sonrojó y deseó sentirlo dentro de ella inmediatamente.

-Estás preciosa con esa ropa, pero me gustaría que te la quitaras -le dijo Roel.

Hilary se apartó de él e hizo algo que jamás hubiera soñado con hacer. Se quitó la blusa, se bajó la cremallera de la falda y dejó que cayera al suelo.

-Me parece que me casé contigo porque no dejas de sorprenderme -comentó Roel abrazándola con fuerza y besándola con pasión.

-Es preciosa -dijo Hilary-. No sé qué decir... no me lo esperaba.

Mientras Roel le colocaba en el dedo anular la delicada alianza de platino, ella lo miraba con gratitud.

Una alianza. Aquel detalle le había llegado al corazón porque Roel quería que llevara algo que significaba que estaban casados.

-No te voy a fallar, cara -dijo Roel mirándola a los ojos-. Quiero

que nuestro matrimonio vaya bien.

Aquello hizo que el velo de fantasía en el que Hilary estaba viviendo se cayera. Llevaba cuatro días sin pensar en el futuro, disfrutando del presente, del tiempo que pasaba con Roel.

Estaba completamente enamorada de él.

Incómoda por su sinceridad y herida por lo que sabía que no podía tener, Hilary desvió la mirada y miró a su alrededor.

Hacía un día maravilloso y el paisaje era espectacular. Estaban sentados en una terraza de piedra de un exclusivo restaurante situado en el lago de Lucerna. El cielo estaba despejado y la pintoresca ciudad medieval estaba a sus pies.

-Hilary...

En ese momento, un hombre fuerte y rubio se acercó a ellos.

-¿Roel? -le dijo con alegría.

Roel sonrió y se puso inmediatamente de pie para saludarlo. Hilary reconoció inmediatamente a Paul Correro, uno de los testigos de su boda. El pánico se apoderó de ella y el intenso escrutinio del abogado la paralizó.

Aquel hombre sabía que no era una esposa de verdad, que se había casado con Roel a cambio de dinero.

¡Debía de estar atónito de verlos juntos en Suiza!

Capítulo 6

HILARY sentía que el corazón le latía aceleradamente, pero se dio cuenta de que no tenía más remedio que intentar salir bien parada de aquella situación.

-Anya y yo estamos con unos amigos -le estaba diciendo-Paul a Roel, que estaba saludando a la preciosa y embarazada pelirroja que estaba junto al abogado.

Roel miró a Hilary, que se apresuró a ponerse en pie a pesar de los nervios.

-Hilary... -la saludó Paul con una tibia sonrisa que la hizo estremecerse-. Me alegro mucho de verte.

Hilary sintió que las piernas le fallaban como si estuviera ante su verdugo, pero Roel le preguntó algo y comenzaron a alejarse para hablar de sus cosas.

Inmediatamente, la esposa de Paul se acercó a Hilary.

-Soy Anya, la mujer de Paul -se presentó con frialdad.

-Sí -contestó Hilary muy nerviosa sin saber qué decir.

Miró a Roel y a Paul y se preguntó de qué estarían hablando. No podía soportar aquella situación, así que puso una excusa y huyó al baño.

¿Cómo se atrevían Paul y Anya Correro a mirarla como si fuera una delincuente? Se dio agua fría en las muñecas e intentó controlar sus emociones.

Había hecho lo que había hecho por el bien de Roel. ¿Le estaría contando su abogado en aquel preciso instante que su matrimonio había sido de conveniencia?

Al salir del baño, Paul la estaba esperando.

-¿A qué juegas? -le preguntó-. Roel me acaba de contar por qué no lo hemos visto después del accidente.

-Me alegro de que se haya confiado a alguien más -murmuró Hilary preguntándose si Roel ya se habría enterado de que no era la esposa que él creía.

Sintió que el corazón se le caía a los pies.

-No me trates como si fuera idiota -le espetó Paul-. Ayer me llamó el jefe de seguridad de Roel para preguntarme qué debía hacer. ¡Imagínate mi sorpresa cuando me dijo que te habías presentado en la clínica diciendo que eras la señora de Sabatino! No es coincidencia que nos hayamos encontrado aquí. He interrumpido mis vacaciones para venir a Suiza. ¿Te creías que te ibas a salir con la tuya, que ibas a poder engañarlo?

Hilary se estremeció. ¿Roel tenía un jefe de seguridad? Debía de ser extremadamente discreto pues ella no se había dado cuenta de su existencia.

-Yo no estoy engañando a nadie -se defendió-. ¿Le has contado a Roel la verdad sobre nuestro matrimonio?

-¿En un restaurante? No, llamaré a su casa esta tarde.

Hilary cerró los ojos desesperada.

-Deja que se lo cuente yo -le suplicó-. Déjame hasta mañana...

-No, tienes hasta esta noche. Es tiempo más que suficiente y, si no cumples tu promesa, se lo contaré yo.

-No soy como tú crees -se defendió Hilary-. Lo quiero. Siempre lo he querido...

-Lo que tú quieras -la interrumpió el abogado--. Jamás te perdonaría esta traición.

Hilary volvió junto a Roel completamente aturdida. En aquel momento, Anya le estaba pidiendo que diera un discurso en un evento de caridad. Paul llegó a los pocos segundos y Roel dijo que llegaban tarde a una cita y le indicó a su mujer que se fueran hacia la limusina.

-Paul estaba raro -le comentó con el ceño fruncido-. ¿Por qué estaba tan incómodo contigo?

-Ya lo conoces -murmuró Hilary.

-Sí, lo conozco bien y por eso precisamente sé que se le da muy mal disimular. He sentido cierta falta de respeto hacia ti y me parece ofensivo.

Hilary se sintió culpable. No dijo nada porque le pareció que, dadas las circunstancias, no había nada que decir.

Roel era un gran observador y se había dado cuenta de la hostilidad de su abogado, pero pronto recobraría la memoria y entendería por qué Paul había sido incapaz de disimular su desprecio.

Una mezcla de miedo y de desesperación se apoderó de Hilary. ¿Cómo le iba a decir a Roel que su matrimonio no era un matrimonio de verdad?

Cuando la limusina paró ante una exclusiva peluquería, Hilary recordó que el día anterior había pedido hora allí para que le quitaran las puntas rosas porque le parecían demasiado juveniles.

« ¿Por qué no eres sincera contigo misma?», le dijo la voz de su conciencia.

Lo cierto era que quería que le quitaran los reflejos rosas en un intento por estar más elegante para Roel, pero ya no importaba.

-¿Hilary? -le dijo Roel.

-¿Le podrías decir al conductor que diera una vuelta? -contestó ella tan confusa que no se atrevía a mirarlo a los ojos.

No quería separarse de él pues durante una semana había sido tan ingenua como para dejarse llevar por la situación. Había vivido su sueño. Había fingido ser la verdadera esposa de Roel y había sido inmensamente feliz, más feliz de lo que jamás había imaginado porque el hombre del que estaba enamorada la trataba como si fuera la mujer con la que se había casado.

Sin embargo, la verdad era que ella no era la mujer que Roel quería y que, por mucho que lo deseara, jamás lo sería.

Paul Correro había roto su patética burbuja y le había dejado claro que había gente a la que no le parecía bien lo que estaba haciendo, pero sus intenciones siempre habían sido buenas.

¡Jamás hubiera hecho daño a Roel porque lo adoraba!

Recordó cómo la había mirado el abogado y se estremeció. Su mundo de fantasía, el que sólo habitaban Roel y ella, se había roto y estaba extremadamente confundida.

-¿No quieres ir a la peluquería? -le preguntó Roel algo impaciente.

Hilary se preguntó qué iba a pensar aquel hombre de carácter tan fuerte cuando se enterara de su engaño. ¿La despreciaría como le había dado a entender Paul?

Aquella idea le dolía sobremanera, pero a medida que iban pasando los segundos se dio cuenta de que aquello tenía que terminar.

Aquello había ido demasiado lejos desde el mismo instante en el que había dejado que Roel le hiciera el amor.

-¿Y bien?

-No, ya he tomado una decisión y voy a ir a la peluquería -contestó Hilary intentando sonreír mientras lo miraba.

Separarse de él era terrible, pero Hilary debía hacerlo, así que lo besó con un fervor agridulce y salió del coche.

-He pasado unos días maravillosos... -murmuró colgándose el bolso del hombro.

Aislada del familiar ruido de la peluquería, Hilary se dio cuenta de que había llegado el momento de salir de la vida de Roel.

Debía irse cuanto antes. ¿Para qué iba a volver al castillo? ¿Para contarle lo que había hecho? Si lo hacía, lo único que iba a conseguir era desencadenar una desagradable discusión que no iba a beneficiar a ninguno.

Hilary decidió que sería más fácil irse directamente a Londres. Por suerte, llevaba el pasaporte en el bolso, así que, en cuanto

terminara de arreglarse el pelo, se iría al aeropuerto de Lugano.

Le dejaría una carta explicándoselo todo en la limusina. Aquello le pareció lo más razonable. Cuando se enterara de lo que había hecho, se iba a enfurecer y probablemente iba a pensar que le había tomado el pelo.

Entonces, la buena opinión que tenía sobre ella se iba a desvanecer e iba a quedar destrozada.

Hilary sintió un nudo en la garganta.

Había acudido en ayuda de Roel, pero había dejado que sus ganas por que la relación entre ellos fuera de determinada manera la cegara.

Tenía que pagar por su error y el precio iba a ser muy alto pues no iba a volver a ver a Roel jamás.

-¿Todavía no te has tomado un descanso? —le preguntó Sally Witherspoon a Hilary.

-No tengo hambre -contestó Hilary dejando una pila de toallas limpias junto a los lavabos.

-Pues deberías tenerla -le contestó su ayudante preocupada-. No puedes trabajar tanto con el estómago vacío. Pareces agotada.

-No te preocupes por mí, estoy bien -le aseguró Hilary tapando todos los frascos de champú como si le fuera la vida en ello.

En cierta medida, así era. La actividad la mantenía viva pues, cuantas más cosas hiciera, menos tiempo tenía para pensar.

Era consciente de que tenía ojeras y de que no estaba en su mejor momento porque no estaba durmiendo bien y se le había quitado el apetito. Era increíblemente infeliz, pero no le gustaba compadecerse de sí misma, así que estaba intentando comportarse con normalidad.

Lo que estaba hecho, hecho estaba. Hacía dos semanas que había vuelto de Suiza. Roel había sido el centro de su vida durante siete días, pero no iba a volver a verlo y debía aprender a vivir sola.

Sin embargo, la lección más dura de asimilar era que lo que había vivido con él en aquella semana había sido falso e irreal.

-Ha llegado tu cliente de las once -murmuró Sally-. Es un hombre increíblemente guapo. Qué suerte tienes.

Hilary levantó la cabeza. Roel estaba en el centro de la peluquería. Al verlo, el champú se le cayó por el lavabo.

La impresión de verlo la hizo ahogar un grito de sorpresa y lo miró con una intensidad que la hizo marearse. Llevaba un impecable traje azul y miraba a un lado y a otro como si intentara reconocer la peluquería.

Se giró hacia ella y sus miradas se encontraron. Acto seguido, se

dirigió a ella.

-¿Eres mi cliente de las once? -susurró Hilary.

Roel asintió y la miró de una manera que hizo que Hilary se sonrojara. Llevaba una camiseta de algodón blanca y unos pantalones de camuflaje que le colgaban de las caderas.

Aquella irónica inspección hizo que se diera cuenta de lo imperfecto que era su cuerpo y de lo bien que Roel lo conocía. Algo había cambiado en él, pero Hilary no sabía qué era.

Lo único que sabía era que se sentía avergonzada.

-Vámonos a otro sitio porque tenemos que hablar —murmuró Roel.

Sin saber por qué, Hilary sintió que se le helaba la sangre en las venas.

-Yo... eh... tengo que trabajar -murmuró sintiéndose increíblemente cobarde.

—Bene... entonces, supongo que no te importará que tus empleadas y tu clientela oigan lo que te tengo que decir -contestó Roel con frialdad-. Para empezar, te diré que no me impresiona el negocio que has puesto con mi dinero.

Hilary se estremeció. Obviamente, Roel había recuperado la memoria. Ahora, recordaba todo lo que había sucedido entre ellos en el pasado.

Nerviosa, se giró hacia Sally y le pidió que se encargara de la peluquería hasta la hora de comer.

-Vamos arriba -le dijo a Roel-, ¿Cuándo has recobrado la memoria?

-Cuando te fuiste. Creo que eso me ayudó. Al fin y al cabo, me tenías viviendo una vida que no era la mía -contestó Roel con ironía.

Hilary palideció y abrió la puerta de su apartamento con manos temblorosas.

-Me sorprende que hayas venido, creí que no querrías volver a verme.

Roel no dijo nada. Se limitó a cerrar la puerta y a mirar a su alrededor con cara de asco.

-Eres más pobre de lo que yo creía. Este sitio es un basurero -dijo con frialdad-. Ahora entiendo que cuando la idiota de mi tía Bautista se puso en contacto contigo desde el hospital la tentación de aprovecharte de mi accidente pudiera contigo...

-¡No fue así! -se defendió Hilary-. ¿Cómo puedes decir eso? Me preocupé por ti. ¡Creí que te podías morir!

Roel había tomado una carta que había sobre la mesa y la estaba

leyendo.

-Debes dinero...

Avergonzada al darse cuenta de que era la carta que el banco le había enviado pidiéndole que reembolsara el descubierto que tenía en su cuenta, se la quitó de las manos.

-¡Métete en tus asuntos!

-Todo lo que a ti respecta es asunto mío -declaró Roel.

Hilary no sabía qué se proponía, pero estaba dispuesta a defenderse.

-Te voy a explicar por qué le debo dinero al banco. Me gasté todo lo que tenía en un billete de ida y vuelta a Suiza y en pagarles las horas extras a mis empleadas para que me cubrieran mientras estaba fuera. Mi sueldo no da para extravagancias así.

Roel enarcó una ceja.

-¿Tu única excusa para meterte en mi cama sin pensártelo es que no tienes dinero?

Hilary apretó los puños.

-Fuiste tú el que me metió en tu cama...

-Claro, y tú no querías, ¿verdad? -se burló Roel-. Eres una timadora profesional que sabía en todo momento lo que estaba haciendo. Sabías perfectamente que consumando el matrimonio podrías pedir una jugosa pensión cuando nos divorciáramos.

Hilary se quedó de piedra. Aquello la hizo sentirse terriblemente humillada.

-No te voy a pedir nada ni ahora ni nunca. No entiendo por qué piensas eso de mí. ¿Te parece un delito querer verte cuando me dijeron que habías tenido un accidente? Ya te dije en la carta que te dejé que lo sentía mucho...

-¿Te refieres a las cuatro líneas que me escribiste? -contestó Roel riendo con sarcasmo-. En esa carta no me aclarabas nada. Te limitaste a desaparecer sin ninguna explicación.

-Cuando llegó el momento, la verdad es que no supe qué decirte -murmuró Hilary.

-¿No supiste decirme que había estado compartiendo mi cama con una fresca mentirosa?

-¡No me insultes! -se defendió Hilary enfadada.

-Eres una actriz maravillosa, bella mia -insistió Roel mirándola con dureza-. Sabías cómo llegar a mi corazón... ¡Te pasaste una semana entera confundiéndome, ocultándome las respuestas cada vez que te preguntaba algo!

En un arrebato de cólera, Hilary le lanzó la taza que había sobre la mesa.

-No fue así. ¡Yo no hice eso!

Roel enarcó una ceja al ver que la taza se estrellaba contra la pared.

-Te comportas como una niña pequeña, pero eso a mí no me importa. Tampoco me emocionan las lágrimas, te lo advierto.

-¡No pienso llorar por ti! -le gritó Hilary-. ¡Me tendrías que torturar para conseguir que derramara lágrimas por ti!

-No puedo soportar las lágrimas, las escenitas ni las vajillas volando y, ante todo, prefiero que arreglemos estos asuntos en privado. Si haces esto en público otra vez, te mato.

-¿A qué te refieres? ¿Por qué dices «otra vez»?

Roel se sacó algo del bolsillo de la chaqueta y lo dejó sobre la mesa. Era una hoja de una revista y Hilary se reconoció rápidamente en la fotografía. Estaba llorando a mares mientras iba hacia el aeropuerto de Lugano y no se había dado cuenta de la presencia del fotógrafo.

-¿Qué dice? -le preguntó a Roel porque el pie de foto estaba en francés.

-«Mucho dinero no da la felicidad» -tradujo Roel.

Hilary se cruzó de brazos.

-Siento mucho haberte avergonzado, pero eso demuestra que no lo pasé bien cuando lo nuestro terminó...

-¿Lo nuestro? -le espetó Roel-. ¿Quién creó esa situación? ¿Quién dijo que era mi mujer? ¿Quién mintió para meterse en mi casa y en mi vida?

-Mira, intenta entenderme -contestó Hilary-. Me dejé llevar por la situación. Cuando llegué a Suiza, creía de verdad que estabas muy mal y quería verte. Además, me habían dicho que habías preguntado por mí...

-¿Por qué demonios iba a preguntar por una mujer a la que no había visto en casi cuatro años y que no significaba nada para mí? ¿Cómo iba a preguntar por alguien si estaba inconsciente?

Hilary asimiló aquella información con disgusto. Nunca se había parado a pensarlo. Era cierto. Si estaba inconsciente, era imposible que hubiera preguntado por ella.

¿Le habría mentido su hermana? ¿Lo habría hecho con buena voluntad para que se fuera a Ginebra para estar al lado de su marido?

«Una mujer que no significa nada para mí». Las palabras de Roel resonaron en su cabeza. Las acababa de decir. Eso era lo que pensaba de ella.

¿Y qué se esperaba? Durante una semana, su comportamiento

había hecho que Roel creyera que la quería y por eso se había mostrado tierno con ella, pero eso ya había terminado.

Hilary decidió no dejar que el dolor se apoderara de ella e intentó volver a lo que estaba diciendo antes de que Roel hubiera hablado con aquella cruel sinceridad.

-El doctor Lerther me dijo que no te contara nada que pudiera preocuparte.

-¿Por eso me dejaste creer que estaba casado? ¿No te parece que eso puede ser muy preocupante para un hombre que cree que es soltero? —le espetó Roel.

-Espero que aprecies tu libertad ahora que sabes que nunca la perdiste.

-Yo nunca perdí mi libertad, me la robaste tú -contestó Roel mirándola con asco-. Me hiciste creer que eras mi esposa y ahora todo el mundo lo cree así. Lo cierto es que, sobre el papel, soy un hombre casado, así que no puedo negar esos rumores y los periodistas han conseguido sacarte fotos.

Hilary se sintió terriblemente culpable.

-Supongo que eso será una vergüenza para ti.

-No es fácil avergonzarme -contestó Roel con sequedad.

-Lo siento mucho -murmuró Hilary.

-Sentirlo no es suficiente para satisfacerme. Querías ser mi esposa, ¿verdad?

Hilary palideció.

-Querías ser mi esposa y no dudaste en mentir para situarte en ese papel -se burló Roel.

Hilary se sintió avergonzada y humillada.

-Sé que parece que hice mal, pero...

-No quiero escuchar tus excusas. Parece que hiciste mal porque hiciste mal. Has deshecho mi vida. Dejé a mi amante por ti...

-¿Cómo? -contestó Hilary mirándolo con los ojos muy abiertos.

-La preciosa mujer que fue a verme a casa… era mi amante y la dejé porque tú me hiciste creer que era un hombre casado.

Hilary cerró los ojos.

¿Cómo había sido tan tonta de creer que un hombre como Roel Sabatino no iba a tener a otra mujer en su vida y en su cama? No había querido aceptar aquella posibilidad porque, si lo hubiera hecho, su posición hubiera sido insostenible.

Por eso, había elegido creer que Roel no tenía ningún lío de faldas. ¿Cómo había sido tan ingenua y tan egoísta? Lo cierto era que le había complicado la vida. La culpa y la vergüenza hicieron que se le formara un nudo en la garganta.

-Ahora, mi cama está vacía y quiero que tú llenes ese espacio.

-¿Perdón?

-Vas a volver a Suiza conmigo.

-¿Por qué iba a hacer una cosa así? Hilary sorprendida.

-No tienes opción. ¿Me diste tú acaso opción cuando me hiciste creer que vivía en un matrimonio de cuento de hadas? -le espetó Roel con brusquedad.

Hilary palideció como si la hubiera abofeteado y desvió la mirada.

-No se me ocurre una buena razón por la que quisieras que vuelva a Suiza contigo.

-Quiero utilizarte como tú me has utilizado a mí y luego abandonarte cuando me aburra. ¿Te queda claro? -le espetó Roel mirándola con dureza.

-No lo dices en serio -rió Hilary.

-Vamos a comer con tu hermana, así que será mejor que hagas las maletas.

Hilary se quedó de piedra.

-¿Cómo que vamos a comer con Emma? Su colegio está a varios kilómetros de Londres...

-Mientras tú y yo hablamos, mi chofer ha ido a buscarla.

-¿Por qué ibas a querer comer con mi hermana?

-Tengo mis buenas razones. ¿Te crees que tú eres la única que puede fingir? Yo soy un maestro de la manipulación, bella mia. Tu hermana cree que nos hemos reconciliado y está encantada, así que más te vale sonreír y sonreír para que se crea que eres feliz.

-¿Se puede saber cómo demonios has localizado a mi hermana?

-Resulta que me llamó esta semana y se disculpó con ternura por su hostil actitud cuando nos casamos.

-Oh, no... -gimió Hilary al darse cuenta de que todo aquello había sido culpa suya.

Tras volver de Suiza, había hablado con su hermana varias veces por teléfono y había esquivado sus preguntas sobre Roel.

-Nunca le conté por qué nos casamos porque me dio miedo...

-¿Miedo de que dejara de respetarte por haberte casado por dinero? -dijo Roel con crueldad-. Para que lo sepas, no le he dicho la verdad. Me dijo que sentía mucho que estuviéramos viviendo de nuevo separados y me preguntó que si era culpa suya.

-¿Y qué le has dicho? ¿Le has dicho que nos hemos reconciliado?

-Efectivamente, nos hemos reconciliado. Vamos a vivir una reconciliación, pero con mis condiciones. Si resulta que es una reconciliación negativa por mi parte ya sabes que te lo has ganado a

pulso.

-Después de oírte decir lo que opinas de mí, que crees que soy una persona mentirosa y horrible, estaría loca para irme contigo -contestó Hilary.

-Muy bien. Si prefieres, me voy a comer yo solo con tu hermana y le cuento esta preciosa historia desde el principio hasta el final.

-¡Eso sería asqueroso por tu parte! -exclamó Hilary horrorizada.

-A diferencia de ti, yo sólo estaría contando la verdad. Me alegro de que te des cuenta de que tu conducta ha sido inexcusable -dijo Roel saliendo de la habitación.

Hilary lo siguió.

-Si quieres que te suplique, lo haré, pero no metas a mi hermana en esto...

Roel la miró con sarcasmo.

-Suplicar es de paletos y deberías saber que, cuando yo quiero algo, simplemente lo tomo. Vas a aprender a comportarte como una mujer Sabatino y me vas a ahorrar el tiempo y el esfuerzo de elegir a otra amante porque tú vas a asumir ese papel.

-¡No! -gritó Hilary.

-Te lo has ganado, pero no te creas que eres indispensable —le contestó Roel con sequedad abriendo la puerta.

-No te atreverás a contárselo a Emma.

-Claro que sí.

-Eso no te beneficiaría en absoluto. ¿Por qué eres tan cruel?

-Porque te lo mereces -contestó Roel mirándola con dureza-. Me engañaste e incluso llegué a comprarte una alianza y, antes de darte una patada para que salgas de mi vida, te voy a hacer lo mismo.

-Yo no te engañé... yo no te hice creer...

-Pasará una limusina a recogerte dentro de una hora y media y te dejará en el hotel donde hemos quedado a comer con tu hermana. Nos veremos allí. Tengo que pasar por el despacho primero.

Hilary sintió que el pánico se apoderaba de ella.

-Si me vuelvo a ausentar de la peluquería, me enfrento a la bancarrota y no me lo puedo permitir porque...

-Yo me haré cargo de tus deudas.

-Tengo doscientas cincuenta libras de descubierto, es cierto que las debo, pero deja de hablar como si...

-Recuerda que soy banquero. Un descubierto que no está autorizado es una deuda.

-No me hagas esto, Roel -dijo Hilary desesperada siguiéndolo al descansillo-. Si me voy de Londres, ¿quién se va a encargar de la

peluquería?

-Contrata a alguien. Ya me encargaré yo de pagarlo.

Hilary vio que Roel comenzaba a bajar las escaleras.

-Si utilizas la relación con mi hermana para amenazarme, jamás te perdonaré -le advirtió.

-¿Y te crees que me importa?

Hilary se tuvo que apoyar en la pared y tomar aire varias veces para calmarse. No se podía permitir el lujo de correr el riesgo de que Roel le contara todo a Emma.

Estaba segura deque su hermana entendería por qué se había casado por dinero cuando cuatro años atrás su situación había sido tan desesperada, pero se iba a sentir terriblemente dolida porque Hilary le había hecho creer que su matrimonio era de verdad.

¿Sería capaz Roel de contarle a su hermana que se habían acostado? Hilary se estremeció al pensar e» la imagen que sobre ella se podía formar su hermana pequeña. Se suponía que le tenía que dar ejemplo.

Roel había sabido elegir la amenaza que hacía que Hilary bailara al ritmo que él tocara.

Capítulo 7

¡CUÁNTO me alegro por ti! -dijo Emma abrazando a Hilary con entusiasmo entre el primer y el segundo plato de la comida-. Cuando empiece la universidad en septiembre, te veré todavía menos y estaba preocupada porque no quería que estuvieras sola. ¿Te parezco una egoísta?

-Claro que no -le aseguró Hilary sonriendo todo lo que pudo.

Vivir fuera de casa, había hecho que su hermana fuera una mujer muy independiente y, aunque a veces le dolía un poco, Hilary se sentía muy orgullosa de ella.

-Hilary necesita divertirse -le dijo Emma a Roel-. Ha renunciado a muchas cosas por mí. Tengo una beca, pero cubre sólo una parte de mis estudios. La otra parte la ha pagado Hilary trabajando mucho. Por eso nunca tiene dinero. Cuando me enteré de lo que le costaba mi colegio, intenté convencerla para que me mandara a otro...

-Estabas sacando muy buenas notas y eso es lo único importante -la interrumpió Hilary avergonzada por aquella cascada de información que su hermana le estaba dando a Roel-. Emma quiere estudiar Derecho internacional. Se le dan muy bien los idiomas.

Roel le habló en francés y Emma contestó con un acento impecable. Ambos tenían una seguridad en sí mismos que Hilary había envidiado muchas veces.

Cuando terminaron de comer, Roel se excusó para hacer una llamada y Hilary y su hermana tuvieron unos minutos para estar a solas.

Emma le dijo que tenía que volver al colegio para revisar unos exámenes y que luego se iba a España para pasar las vacaciones en casa de una amiga.

Tras despedirse de ella, Hilary y Roel se subieron en la limusina.

-No he terminado de arreglar mis cosas, así que tengo que volver a casa.

-No tenemos tiempo -contestó Roel. ,

-Tú no, pero yo sí -insistió Hilary levantando el mentón-. Cambia los billetes para mañana.

-Nos iremos esta noche.

-No, necesito más tiempo para organizar mis cosas. Prefiero irme mañana.

-No pienso irme de Londres sin ti -le aseguró Roel observando su perfil.

-No quiero ir a Suiza...

-Mentirosa -susurró Roel.

-¿Por qué dices eso?

Roel le acarició el labio inferior y Hilary sintió que se quedado sin aliento.

-Demuéstrame lo poco que te gusta lo que te hago, bella mia -la retó.

Aunque intentó controlarse, Hilary se encontró echándose hacia delante. Aquel hombre la atraía como un imán. Hilary se revolvió en su olor y sintió que los pezones se le endurecían.

-No estás haciendo bien -la censuró Roel.

-¿Cómo? -contestó Hilary con la mente en blanco.

Roel enarcó una ceja y le acarició uno de los pezones, que amenazaba con atravesar la camiseta.

Al sentir sus caricias, Hilary gimió y sintió que el corazón se le aceleraba. Echó la cabeza hacia atrás y sintió una cascada entre las piernas.

Roel deslizó la punta de su lengua por su cuello. Hilary quería que la besara. Roel la miró a los ojos y Hilary vio deseo en ellos.

-Sí... —le suplicó.

-No -contestó él-. No me gusta el sexo en el asiento trasero de los coches —añadió con desprecio.

Hilary sintió que se sonrojaba de pies a cabeza y apretó los puños. Le hubiera gustado abofetearlo, pero se controló a tiempo.

¿Cómo había sido tan débil? Si seguía sirviéndose en bandeja de plata a Roel, no tardaría mucho en darse cuenta de que estaba completamente enamorada de él.

Nada sería más humillante. Lo cierto era que prefería que creyera que era una cazafortunas.

Al llegar a la peluquería, Sally se tomó un descanso y Hilary la reemplazó. Antes de cerrar, Hilary le propuso que se hiciera cargo otra vez de la peluquería y su empleada dijo que estaba de acuerdo siempre y cuando contratara a otra persona para que la ayudara.

Contenta porque dejaba la peluquería en buenas manos, Hilary fue a casa a hacer las maletas.

A las siete en punto, llamaron al timbre. Ella creía que iba a ser Roel, pero era Gareth, un ingeniero con el que había salido un par de veces el año anterior y del que se había hecho amiga.

-¡Me encanta cómo llevas el pelo! rió Gareth al fijarse en las puntas negras que hacían contraste con su pelo rubio-. Muy gótico.

-¿Te gusta? -sonrió Hilary.

Roel ni siquiera se había dado cuenta y la verdad es que daba igual pues el tinte era temporal y se iría la próxima vez que se

lavara el pelo.
-¿Te apetece que hagamos algo esta noche?
En ese momento, Roel entró en el vestíbulo.
-Hilary tiene otros planes -declaró secamente.
-¿Y tú eres su secretaria o algo así? -se burló Gareth.
-Soy su marido -sentenció Roel.
Mientras Gareth bajaba las escaleras rojo de ira, Hilary se dio cuenta de que no volvería a verlo jamás y miró furiosa a Roel.
-Te has pasado.
Roel la miró con dureza.
-Estaba ligando.
-No estaba ligando y aunque así fuera, ¿a ti qué te importa? -le espetó Hilary intentando controlarse pues el chofer de Roel había llegado para llevarse su equipaje.
-Habías quedado con ese hombre para salir esta noche -la acusó Roel mientras iban hacia el coche-. Por eso no te querías ir hasta mañana.
Hilary ya se estaba empezando a hartar.
-Tienes razón. Por si no te has dado cuenta, soy una mujer muy demandada. Vas a tener que vigilarme bien día y noche en Suiza. ¿Estás seguro de que merezco la pena?
Roel la agarró de los hombros y la puso contra la pared. Fue un movimiento tan rápido que Hilary no pudo evitar ahogar un grito de sorpresa.
-¿Te has dado cuenta de que no me ha hecho gracia tu comentario? -le dijo Roel-. Ten cuidado. Como te pille ligando con otros hombres, te vas a enterar.
Hilary sintió que se le secaba la boca, pero hubo algo en su comportamiento que la excitó.
-Era una broma...
-Que no tiene ninguna gracia.
-Por lo menos Garret se ha dado cuenta de que me he teñido las puntas -comentó Hilary intentando poner una nota de humor.
-Sí, pero no se ha atrevido a decirte que pareces un erizo -contestó Roel bajando las escaleras.
Hilary se quedó sin habla.
¿Un erizo? Qué vergüenza.
Al llegar al aeropuerto, se miró en los escaparates de las tiendas y se dio cuenta de lo bajita que era al lado de un hombre tan alto y delgado.
Mientras esperaban para embarcar en el avión privado de Roel, sonó el teléfono móvil de Hilary.

Cuando oyó la voz de su amiga Pippa, se apartó de Roel para hablar en privado.

Pippa y su marido, Andreo D'Alessio, vivían en Italia, pero la llamaba para decirle que iban a ir a pasar el fin de semana a Londres y que querían verla.

-Me piíllas en el aeropuerto porque me voy a Suiza -contestó Hilary-. Además, te vas a enfadar conmigo porque no te he contado un secreto. Estoy casada...

-¿Casada? ¡No me lo puedo creer! -exclamó Pippa sorprendida.

-A mí no me resulta difícil creerlo porque mi marido está ahora mismo escuchando nuestra conversación -contestó Hilary mirando a Roel con disgusto-. En cualquier caso, la historia de nuestro matrimonio es...

En aquel momento, Roel le arrebató el teléfono y la dejó con la boca abierta.

-Un cuento con final feliz -dijo a toda velocidad-. Soy el marido de Hilary -se presentó-. ¿Y tú quién eres?

Hilary tuvo que soportar que Roel charlara un rato con su amiga y que terminara la conversación al anunciar que su avión ya estaba preparado para despegar.

-¿Cómo te atreves? -le espetó Hilary furiosa mientras se dirigían a la aeronave.

-No me has dejado otra opción -contestó Roel-. Estabas a punto de soltarlo todo.

-Yo no suelto las cosas así como así -contestó Hilary apretando los dientes.

-¿Cómo que no? Eres el colmo de la indiscreción -le espetó Roel.

Una vez a bordo, Hilary avanzó por el pasillo del lujoso avión y se sentó todo lo lejos que pudo de Roel. Estaba furiosa con él por haber intervenido en su conversación y atreverse, encima, a acusarla de ser una chismosa. ¿Cómo se atrevía?

— ¿Quién te crees que eres? -le preguntó cuando ya habían despegado y la azafata los había dejado a solas.

Roel la miró a los ojos tan tranquilo.

-Soy un hombre muy discreto y quiero que lo que hay entre nosotros se lleve con total discreción, así que se han acabado las charlas entre chicas.

Hilary giró la cabeza. No solía llorar, pero de repente se encontró con unas tremendas ganas de hacerlo. Tal vez, era porque estaba tan cansada que le costaba mantener los ojos abiertos.

La azafata le preguntó si quería comer y ella contestó que no. Con sólo pensar en comer, se le revolvió el estómago. Lo que

realmente quería era discutir con Roel, pero no tenía fuerzas.

A la mañana siguiente, Hilary se despertó tarde.

Nada más poner un pie en el suelo, decidió que había llegado el momento de enfrentarse a Roel con todos los argumentos que no había podido lanzarle el día anterior.

Sin embargo, mientras desayunaba, Humberto le dijo que Roel se había ido al Banco Sabatino hacía rato.

Al recordar cómo había llegado a la cama la noche anterior, se sintió terriblemente avergonzada. Se había quedado dormida en el avión, había salido del aeropuerto como una zombie, se había vuelto a quedar dormida en la limusina y había permitido que Roel la llevara a su habitación en brazos.

Nunca se había sentido tan cansada y ahora sentía un inmenso alivio porque había recuperado las fuerzas.

Creyendo que tenía mucha hambre, le había dicho a Humberto que le sirviera un abundante desayuno, pero cuando lo tuvo delante el apetito desapareció de repente.

Apartó el plato y se conformó con mordisquear un cruasán y tomarse una taza de chocolate. Acto seguido, decidió hacer una visita al Banco Sabatino.

Se alegró al ver que toda la ropa que Roel le había comprado estaba en su armario y eligió un vestido color burdeos que acompañó con un abrigo de flores.

El Banco Sabatino, situado en el centro de la ciudad de Ginebra, era un edificio de dimensiones enormes y diseño contemporáneo.

Cuando llegó y dijo que era la esposa de Roel, se produjo cierto revuelo en el mostrador de la recepción. Un botones la acompañó a la planta ejecutiva y la hizo pasar a un gran despacho.

En su interior la estaba esperando Roel, espectacularmente vestido y apoyado en el borde de la mesa.

-No es el cumpleaños de nadie, así que, ¿a qué se debe esta interrupción?

-Sólo quería hablar contigo.

-Pues haberte levantado antes -le espetó Roel-. Estoy trabajando y no permito que nadie me interrumpa por motivos personales.

-Me parece bien porque esta visita no es personal -lo informó Hilary con la esperanza de conseguir su atención.

-Ven aquí, te quiero enseñar una cosa -le dijo Roel en tono autoritario.

Desconcertada, Hilary dio un paso al frente y Roel la agarró de la mano,

-¿Dónde me llevas?

Era un baño.

Roel la colocó ante un espejo y se puso detrás de ella. La miró a los ojos a través del reflejo y Hilary sintió que se le aceleraba el pulso.

-¿Que ves? -le preguntó Roel mientras le quitaba el abrigo.

-A nosotros -contestó Hilary.

A continuación, Roel le bajó los tirantes del vestido y le dejó los hombros al descubierto. Sus manos se deslizaron hasta sus caderas y fueron subiendo por sus costillas hasta quedar bajo sus pechos.

A Hilary se le paró la respiración. Ya no recordaba por qué había ido al despacho de Roel. Lo único en lo que podía pensar era en sus manos y en su erección.

-¿A ti te parece que esta es forma de vestirse para venir a verme?

-El vestido es un poco atrevido, por eso me he puesto el abrigo -admitió Hilary sin aliento.

-Un vestido así con un cuerpo como el tuyo es una provocación.

Hilary se apoyó en él y sonrió encantada.

-¿Te gusta?

-¿No era eso lo que querías?

-No lo había pensado, pero supongo que sí.

-Esta escena debería desarrollarse en nuestro dormitorio y no en mi banco.

Ante aquellas palabras, Hilary se sintió furiosa. ¡Roel creía que había ido a verlo para seducirlo!

-He venido para mantener una seria conversación contigo -le aclaró poniéndose el abrigo y volviendo a su despacho-. Lo siento mucho si no eres capaz de controlarte por el mero hecho de que una mujer lleve un vestido bonito.

Roel se quedó de piedra.

-Hace casi cuatro años me casé contigo por conveniencia y acepté a cambio cierta suma de dinero -continuó Hilary-. Te devolví dos terceras partes de esa cifra cuando me di cuenta de que no lo necesitaba y...

-Un momento -la interrumpió Roel levantando una mano-. ¿Estás diciendo que me devolviste parte del dinero? ¿Cómo?

-Lo volví a depositar en la cuenta desde la que me había llegado y te hice llegar una carta a través de tu abogado.

-Mi abogado ya me advirtió que no me fiara de ti y le partí la nariz la semana pasada -le espetó Roel.

Hilary se quedó mirándolo con la boca abierta.

-¿Le has partido la nariz? ¿Por qué?

-Tuvo la mala suerte de sugerirme que, tal vez, mi esposa no era la que yo creía, pero lo hizo antes de que hubiera recuperado la memoria.

Hilary se sonrojó.

-Oh... bueno, volvamos al tema del dinero.

-No me consta que devolvieras una parte de ese dinero.

Hilary se cruzó de brazos.

-Pues lo hice. Cuando me di cuenta de que no había necesidad de comprar una casa pues alquilarla era suficiente, sólo me quedé con lo que necesitaba para alquilar un piso y abrir una peluquería en el local comercial de abajo. Aunque a ti te parezca que mi peluquería no es gran cosa me sirve para pagar el alquiler y las facturas y nunca me he quejado.

-¿Adonde quieres ir a parar con esto?

-Cuando mi hermana termine la universidad, puedo vender la peluquería y devolverte todo el dinero que me dejaste. Se me ha ocurrido que, si te prometo que lo haré, estaríamos en paz y podría volver a casa.

-¿Te has vestido así de sexy para venir a hacerme esa oferta?

Hilary tomó aire porque era obvio que Roel no se estaba tomando aquello en serio.

-En lo que a mí respecta, esto no es por dinero. Nunca ha sido por dinero. ¿No te habías dado cuenta? -murmuró Roel apoyándose en la mesa de nuevo.

-Entiendo que creas que estoy en deuda contigo y entiendo que no sueles perdonar.

—Se te da muy bien eso de entender —dijo Roel divertido.

-Lo que no entiendo es por qué te empeñas en que siga aquí.

Roel sonrió con ironía.

-Tengo mis razones. Para empezar, el poder de hacerte hacer lo que a mí me dé la gana.

— ¡Qué asco! ¡Debería darte vergüenza!

-¿No te produjo a ti una satisfacción similar aprovecharte de mi amnesia?

-Yo no soy como tú —le aseguró Hilary-. ¡Yo no me aproveché de ti! -añadió dolida-. Yo sólo quería que estuvieras tranquilo y que fueras feliz.

-Te aseguro que fui muy feliz en la cama contigo -sonrió Roel-. En cuanto a eso que has dicho de que te obligo a quedarte aquí, ¿no va siendo ya hora de que te enfrentes a los hechos?

-¿A qué hechos?

-No he tenido que obligarte en ningún momento a acostarte

conmigo. Tú también me deseas.

-No lo suficiente como para permitir que me utilices.

Roel deslizó su dedo índice entre los pechos de Hilary y se detuvo en su ombligo.

-¿Que necesitarías para que fuera suficiente?

Hilary apretó los dientes.

-El sexo no es suficiente.

-Yo podría hacer que lo fuera -le aseguró Roel con voz ronca.

-Me tengo en mucha más estima.

-Hace cuatro años no era así. Si hubiera chasqueado los dedos, habrías venido corriendo.

Hilary se quedó de piedra y recordó lo que había pasado años atrás. Entonces, estaba tan desesperadamente enamorada de él que hubiera hecho cualquier cosa para estar con él. Saber que Roel se había dado cuenta de ello y, aun así, no había dudado en alejarse de ella le provocó un horrible dolor.

-Canalla —le dijo-. Tú también te sentías atraído por mí y no hiciste nada.

-Fui razonable.

-Tú lo que eres es un esnob -le espetó Hilary dolida-. ¡Me apuesto el cuello a que si hubiera sido rica, no te lo habrías pensado!

-Yo no soy un esnob. Tengo expectativas en algunos temas y no me avergüenzo de ello.

-Di lo que quieras, pero yo sé que te sentías atraído por mí exactamente igual que yo por ti -insistió Hilary entre furiosa y dolida-. Lo admitiste mientras tenías amnesia.

-Te dejé porque no habrías podido vivir conmigo. Eras demasiado joven.

-Me dejaste porque eres más frío que el hielo.

-¿Ésa es tu definición del sentido común?

-Me dejaste también porque no era de tu clase social.

-Y sigues sin serlo, pero estás aquí -contestó Roel amarrándola de las caderas y apretándose contra ella.

-¿Te crees que besándome vas a conseguir que se me pase el enfado? -le espetó Hilary.

Roel la besó de todas maneras y Hilary tuvo que apoyarse en sus hombros para no perder el equilibrio.

-Estoy deseando que lleguen las siete -rugió Roel mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

-Oh...

Hilary se dio cuenta de que se suponía que no debería estar

besándolo porque estaba furiosa con él. En ese momento, Roel le bajó la cremallera del vestido. *

-No... no lo hagas -le dijo sorprendida.

-Demasiado tarde...

Hilary se tapó avergonzada y presa del pánico.

-Estamos en un banco... ¡podría entrar alguien!

-La puerta está cerrada con pestillo, así que estamos a salvo -contestó Roel apartándole las manos y observando su atrevido conjunto de lencería-, pero tú no...

Hilary intentó apartarse para volver a ponerse el vestido, pero Roel la tomó en brazos con facilidad y la depositó sobre la mesa.

-¡Roel! -exclamó Hilary cuando intentó desabrocharle el sujetador.

-Irresistible... -comentó él acariciándole los pezones.

Sus ojos se encontraron y cuando Hilary vio el deseo en los ojos de Roel se quedó muy sorprendida. Aquel deseo encendió un fuego en su interior.

Aunque no la quisiera, la deseaba y eso no lo podía negar. Orgullosa, lo tomó de la corbata y tiró de él hacia abajo.

-Me pones a mil -dijo Roel con voz ronca.

Le acarició los pechos haciéndola gemir de placer y jugueteó con sus pezones hasta hacerla jadear. Hilary sintió una cascada de líquido caliente entre las piernas y, mientras Roel le lamía el cuerpo entero, Hilary dejó de pensar con claridad.

Hilary hizo un movimiento hacia adelante con las caderas y en ese momento comenzó a sonar el teléfono, pero Roel lo desconectó.

Le acarició el pelo y la volvió a besar.

-Te deseo —murmuró Hilary.

-No tanto como yo a ti, bella mía -contestó Roel quitándole las braguitas-. Me has enseñado que dos semanas sin ti pueden ser como dos vidas.

Roel le separó las piernas y descubrió su lugar más íntimo. Lo acarició con dedos expertos y, tras colocarla en la posición deseada, la penetró de una sola estocada.

Hilary sintió que perdía el control. Aquello era demasiado excitante. El placer era insoportable. Cuando llegó al orgasmo, Roel la besó para que no gritara.

-No me puedo creer que hayamos hecho esto

-comentó Roel al cabo de unos segundos mirándola a los ojos-. No puedo creer que estés desnuda sobre mi mesa.

Hilary se levantó de la mesa como una gata escaldada y se vistió a toda prisa con manos temblorosas.

-Te prohíbo que vuelvas a venir a mi despacho -le dijo Roel.

-¿Cómo? -dijo Hilary mientras se ponía el vestido.

-Todo esto lo tenías planeado. Has venido a verme con un vestido provocador por algo.

¿De verdad creía que se había cavado su propia tumba? ¿De verdad creía que su idea al venir a verlo era acostarse con él encima de la mesa de su despacho? ¿Se había vuelto loco?

-Desde que me has visto entrar por esa puerta, no has pensado en otra cosa, así que ahora no me eches la culpa a mí -se defendió Hilary-. ¿Quién ha cerrado la puerta con pestillo? ¿Quién me ha ignorado cuando le he dicho que estábamos en un banco? ¿Quién ha dicho hace unos minutos que dos semanas sin sexo era como pasar dos vidas privadas de él?

-Hilary...

-Y en cuanto tienes lo que querías, me acusas de haber sido yo la que me he abalanzado sobre ti -continuó Hilary furiosa yendo hacia la puerta-. ¡En cualquier caso, no te preocupes, no pienso volver a este banco!

Roel le pasó su abrigo.

-Tienes pintalabios en la camisa -le dijo ella con satisfacción.

-¿Podríamos repetir esto?

Hilary se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

-¿Después de que me hayas acusado de haberlo planeado todo?

-Me encantaría que lo repitiéramos, cara mia.

-¡Ni lo sueñes!

-No es fácil encontrar un sexo así -murmuró Roel.

Hilary palideció. Aquel hombre no tenía sentimientos. Claro que, ¿cómo había podido olvidarse de lo que Roel sentía por ella? La tenía por una cazafortunas mentirosa que se había aprovechado de él en un momento en que era vulnerable.

Vulnerable. Hilary estudió a Roel. Un hombre de condición física insuperable, un hombre que la miraba con lujuria, un hombre capaz de acostarse con ella y olvidarla a los dos minutos.

Resumiendo. Un hombre que le podía hacer mucho daño si no tenía cuidado.

-Esto no se va a volver a repetir -le aseguró Hilary girándose y yendo hacia la puerta.

-Desde luego, no en las próximas veinticuatro horas porque me voy a Zurich esta noche, así que nos veremos mañana por la noche.

Hilary estuvo a punto de decirle que no tuviera ninguna prisa por volver a casa, pero se mordió la lengua porque, después de cómo se había comportado con él hacía unos minutos, le pareció

que era mejor guardar silencio.

A salir del despacho de Roel, había unos cuantos empleados de chaqueta y corbata que le hicieron un pasillo para dejarla pasar.

Ella se dirigió al ascensor a toda velocidad pues le parecía que llevaba escrito en la cara lo que acababa de suceder dentro.

Roel había descubierto la combinación mágica para transformarla en una mujer que se comportaba como una fresca. Debería odiarlo por ello, pero al recordar que le había prohibido la entrada en su despacho se dio cuenta de que eso era porque tenía cierto poder sobre él.

Echó la cabeza hacia atrás y sonrió satisfecha.

Capítulo 8

AL DÍA siguiente, Hilary tampoco tuvo ganas de desayunar. Tenía náuseas y no era la primera vez que le ocurría en los últimos días. ¿Tendría algún virus? Lo cierto era que no se sentía enferma sino, más bien, como si algo no fuera bien.

De repente, se dio cuenta de que su cuerpo se estaba comportando de manera extraña. Calculó rápidamente con los dedos y se dio cuenta de que se le había retrasado el periodo. Volvió a contar, pero lo cierto era que nunca había controlado los ciclos y así era imposible tener las fechas claras.

Se dijo que se estaba equivocando, pero entonces se dio cuenta de que nunca había tomado medidas para no quedarse embarazada. Roel tampoco.

Jamás se le había ocurrido que pudiera concebir un hijo. ¿A Roel tampoco se le había ocurrido? ¿Habría asumido que estaba ella tomando la píldora?

No pasaba nada. En el último mes se había acostado con él sólo una vez. Las posibilidades de haberse quedado embarazada eran mínimas. Además, había leído en el periódico que la tasa de fertilidad iba en descenso.

Decidió que el estrés había alterado su ciclo menstrual y que esa misma alteración estaba haciendo que todo su sistema se alterara y ella se sintiera mal.

Esperaría unos días y, si seguía sintiéndose mal, se haría una prueba de embarazo. Mientras tanto, decidió no volver a pensar en ese tema pues no quería volverse loca por algo que no era probable que sucediera.

Humberto le llevó el teléfono. Era Roel.

-Quería haberte llamado ayer por la noche, pero la reunión terminó muy tarde -le dijo su marido.

Hilary se enfureció consigo misma por alegrarse de oír su voz.

-No pasa nada. No esperaba que me llamaras.

-Esta noche tenemos una fiesta.

-Vaya, así que, me sacas una noche por ahí por haberme portado bien, ¿eh? -se burló Hilary.

-Algo así, pero prefiero que te portes mal -contestó Roel-. Te advierto que no me gustan mucho las fiestas.

Mientras se vestía aquella noche, Hilary esperaba con la respiración entrecortada que se abriera la puerta que comunicaba sus dos habitaciones.

Se había puesto un vestido verde con los hombros al descubierto que acentuaba la perfecta palidez de su piel.

La puerta nunca se abrió, así que bajó las escaleras y se encontró con Roel en el vestíbulo.

-Estás muy bien -le dijo mirándola de arriba abajo con interés.

Hilary se sonrojó.

-No hace falta que parezca que estás sorprendido.

-Se me había pasado por la cabeza que ibas a intentar ganar puntos poniéndote algo totalmente inapropiado -admitió Roel.

-Nunca haría algo tan infantil -contestó Hilary-. Por cierto, me he vuelto a poner la alianza -carraspeó.

-¿Por qué no? Te lo has ganado -se burló Roel.

Hilary se sonrojó como si la hubiera abofeteado.

-¡Cuando me hablas así, te odio!

Roel se rió.

-Es tradición en mi familia que el odio prolifere entre las parejas casadas.

-Tu madre se enamoró de otro hombre, pero eso no quiere decir que odiara a tu padre.

-¿Ah, no? Ya estaba enamorada de ese hombre cuando se casó con mi padre. El amor de mi padre se tornó odio cuando se dio cuenta de la verdad.

-Entonces, ¿por qué diablos se casó con él?

-Por el dinero -contestó Roel guiándola a la limusina que los estaba esperando-. Mi abuela fue igual de ambiciosa, pero tenía más principios. Ella le dio a mi abuelo, Clemente, un hijo y luego le dijo que había cumplido con su deber. Aunque siguieron viviendo juntos hasta que murieron, no volvieron a hacer vida marital.

-Desde luego, parece que tu madre hizo mal al casarse con tu padre, pero tal vez hubiera presiones que tú no conoces o puede que ella creyera que estaba haciendo lo correcto y se convenciera de que algún día llegaría a amar a tu padre -dijo Hilary intentando que Roel fuera menos duro con los errores de los demás.

-Esa posibilidad nunca se me había ocurrido -contestó él con sequedad—. ¿Y tú crees, entonces, que me tuvo con la esperanza de aprender a quererme también?

Hilary se dio cuenta de que estaba poniendo su teoría en ridículo.

-Lo único que te estoy diciendo es que en un matrimonio infeliz siempre hay dos versiones que escuchar y que, además, podría haber habido circunstancias que desconoces... sólo estaba intentando animarte.

-No necesito que me animes -contestó Roel con acidez-. Ni siquiera me acuerdo de mi madre. Murió antes de que yo cumpliera cuatro años.

-¿Cómo?

Roel se encogió de hombros.

—Se ahogó.

-Siento mucho que no tuvieras oportunidad de conocerla. Supongo que pensarás que soy una sentimental, pero si supieras lo que daría por poder hablar con mi madre durante sólo cinco minutos... daría lo que fuera...

-Si no eres capaz de sufrir en silencio -la interrumpió Roel-, prefiero ir a la fiesta solo.

-Creo que eso sería lo mejor -contestó Hilary con un nudo en la garganta-. Me parece que no quiero pasar ni un minuto más en compañía de una persona tan fría como tú.

-Ya casi hemos llegado al aeropuerto, así que cálmate. Eres demasiado emocional.

-No como tú, ¿verdad? -le espetó Hilary-. Para que lo sepas, yo no me avergüenzo de mis sentimientos.

-Yo no te estoy diciendo que te avergüences, sólo te estoy pidiendo que los controles -insistió Roel.

-Quería mucho a mis padres y los echo mucho de menos. Me enseñaron a pensar lo mejor de la gente y, aunque pronto aprendí que el mundo no es el mejor sitio...

-¿Quién te enseñó eso?

-Mandy, la prima de mi padre. En cuanto se enteró de que nuestros padres habían muerto, tomó la iniciativa. Convenció a los servicios sociales de que era la persona perfecta para hacerse cargo de nosotras. Yo era muy pequeña y me daba mucho miedo que me separaran de mi hermana. Así que nos fuimos a vivir con Mandy a una casa alquilada muy grande -recordó Hilary.

-¿Y?

-Mandy y su novio nos quitaron todo el dinero que pudieron. Se gastaron el dinero que tenían mis padres, que no era mucho, pero hubiera sido suficiente para que Emma y yo hubiéramos vivido unos cuantos años sin preocupaciones. Cuando se acabó, simplemente se fue y nunca volvió.

-Supongo que llamarías a la policía. Eso es un delito.

-El dinero había desaparecido y eso ya nadie lo iba a cambiar. Además, tenía cosas más importantes de las que preocuparme... como encontrar una casa más barata y ocuparme de mi hermana -se defendió Hilary.

En un inesperado gesto de solidaridad, Roel la agarró de la mano.

-Confiaste en Mandy porque era de tu familia. Supongo que su traición fue espantosa.

-Sí... -contestó Hilary dándose cuenta de que tenía unas horribles ganas de llorar.

-Cuando tenía amnesia, no tuve más opción que confiar en ti -murmuró Roel-. Creía que eras mi esposa...

Hilary se soltó de su mano con violencia.

-No hace falta que digas más... he entendido el mensaje. Yo lo único que hice fue intentar actuar como si fuera tu esposa. No me acosté contigo por ningún otro motivo ni tengo intención de enriquecerme con nuestro matrimonio.

-Sólo el tiempo demostrará si eso es verdad. , -¿Qué te pasa? ¿Tienes algún problema? Eres un hombre increíblemente guapo, pero parece que te cuesta aceptar que las mujeres te quieran por ti mismo -le espetó Hilary.

-Tampoco tengo mal cuerpo -bromeó Roel.

De repente, Hilary explotó.

-Ésa es una de las cosas que no puedo soportar de ti. Siempre tienes que decir la última palabra. Estás tan convencido de que tú nunca te equivocas que me echas a mí la culpa de todo. ¡Si el cielo se cayera ahora mismo sobre nosotros, dirías que ha sido culpa mía!

-Bueno, ahora que lo dices, gritar provoca avalanchas.

Hilary tomó aire para intentar controlarse y en ese momento el chofer abrió la puerta.

-¡Te odio! -le dijo Hilary mientras se sentaba en el helicóptero.

Roel se inclinó sobre ella y la besó.

-Sólo estaremos media hora en la fiesta.

Hilary estaba alterada y asustada por la intensidad de sus emociones. Miró en su interior y entendió por qué se había peleado con él, por qué intentaba mantener las distancias. Roel tenía un increíble poder sobre ella, podría hacerle daño y, aun así, ella seguía amándolo.

-Roel...

-Te deseo con todo mi cuerpo. En Londres, apenas dormía, pero ahora vuelves a ser mía y seguirás siéndolo hasta que yo lo decida.

El helicóptero aterrizó en un impresionante yate; cuyos dueños les dieron la bienvenida como si fueran príncipes.

A pesar de que había mucha gente, Hilary sólo tenía ojos para Roel, pero él se tuvo que ausentar cuando su anfitrión insistió en que quería presentarle a un viejo amigo.

A su vez, la anfitriona le presentó a Hilary a un sinfín de invitados. Los colores de los vestidos y los brillos de las joyas le nublaban la visión, así que parpadeó, pero el vaivén del barco la estaba mareando.

Hilary se giró buscando un sitio donde sentarse, pero ya era demasiado tarde. Cuando recobró la consciencia, Roel estaba a su lado.

-Tranquila, cara. Nos vamos a casa —le dijo tomándola en brazos y despidiéndose de los preocupados anfitriones-. Nunca había visto una actuación tan buena -añadió una vez a solas.

Hilary se dio cuenta de que Roel creía sinceramente que lo había fingido todo porque él quería irse pronto de la fiesta.

El movimiento del helicóptero no hizo sino acrecentar sus náuseas y no le apetecía hablar. Ya tenía suficiente con preguntarse a sí misma por qué se había desmayado. Jamás se había desmayado antes, pero recordó que su amiga Pippa le había dicho que aquello era normal durante los primeros meses de embarazo.

Al llegar a casa,, Roel se apresuró a ayudarla a bajar del helicóptero.

-Ha sido un desmayo buenísimo -sonrió con sensualidad-. Incluso yo me lo he creído al principio.

-No lo he fingido -contestó Hilary apoyándose en él porque las piernas no la sostenían-. Me he mareado porque no estoy acostumbrada a los barcos.

-Pero si sólo has estado un cuarto de hora -dijo Roel sorprendido.

Una hora después, Hilary estaba acostada y Roel la estudiaba con atención desde los pies de la cama.

-Ahora ya me encuentro mucho mejor, me gustaría levantarme -dijo Hilary.

-La gente sana no se desmaya -contestó Roel-. En cuanto la doctora diga que estás bien, podrás levantarte.

-¿Qué doctora?

En ese momento llamaron a la puerta.

-Supongo que será ella. La llamé desde la limusina para decirle que viniera a casa.

-No quiero un médico -dijo Hilary presa del pánico-. ¡No necesito a ningún médico!

-Eso lo decido yo.

-¿Y a ti qué más te da?

-Soy tu marido y soy responsable de tu bienestar aunque tú no me lo agradezcas.

Hilary se sintió culpable y no dijo nada más mientras Roel abría la puerta y aparecía una mujer mayor de pelo cano.

-Me gustaría estar a solas con la doctora -anunció Hilary al ver que Roel no se iba.

Contestó a las preguntas de la doctora con sinceridad y dejó que la examinara.

-Creo que usted ya sospecha lo que le ocurre -sonrió la mujer al cabo un rato-. Está usted embarazada.

Hilary palideció al pensar en el horror que aquella noticia iba a provocar en Roel.

-¿Está segura?

La doctora asintió.

-Prefiero no decírselo todavía a mi marido -le confesó Hilary.

Su cuerpo la había sorprendido. Iba a tener un hijo con Roel. Quizás, fuera un niño de pelo negro

123

y sonrisa irresistible o una niña que tuviera sus preciosos ojos castaños y la creencia de que era la dueña del mundo.

Sí, iba a tener un hijo con Roel y estaba convencida de que él la iba a odiar por ello. De hecho, cuando entró en la habitación, Hilary no pudo mirarlo a los ojos e intentó levantarse de la cama.

-¿Qué haces? -le preguntó.

-Ya estoy mejor y me voy a vestir.

Roel le cerró el paso y la obligó a volver a la cama.

-No, la doctora ha dicho que tienes que comer y que dormir mucho y me voy a asegurar de que sigas sus consejos.

-La benevolencia no te queda bien -le espetó Hilary mientras Roel vigilaba que se tomara la deliciosa comida que le habían llevado en una bandeja con flores.

Roel sonrió de una manera que hizo que a Hilary le diera un vuelco el corazón.

-Lo hago por mí.

-¿De verdad?

-Vas a tener que estar al cien por cien para cumplir con mis expectativas. He decidido tomarme unas vacaciones...

-Tú nunca te tomas vacaciones.

—Contigo, una cama y un ordenador puedo tomármelas.

Hilary se sonrojó de pies a cabeza.

-Estoy decidido a olvidarme de ti o a morir en el intento, cara -murmuró Roel con voz ronca.

-¿Y luego qué?

-Luego, te llevaré a Inglaterra y volveré a llevar la vida que

llevaba antes, libre y fácil, la vida de un soltero.

Hilary tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para controlar el dolor.

-¿Y a qué esperas? ¿Por qué no lo haces ya?

-De momento, me lo sigo pasando bien contigo. Eres diferente a las mujeres con las que solía salir.

-¿Hay cabida para cómo me siento yo en todo esto?

-Tú te sientes maravillosamente bien porque yo te hago sentir así y lo sabes -le recordó Roel con crueldad y muy seguro de sus dotes amatorias.

Hilary se dejó caer sobre las almohadas y cerró los ojos.

Se dijo que lo mejor era dejarse llevar. Tal vez, Roel nunca se enterara de que había tenido un hijo. ¿Debía decírselo? Lo más seguro era que no se volvieran a ver y ella quería a ese hijo y podía darle mucho amor. Estaba dispuesta a trabajar todo lo que fuera necesario para darle un buen hogar.

¿Cómo podía ser tan cobarde como para no decirle inmediatamente a Roel que estaba embarazada?

-Te dije que no quería nada -susurró Hilary en cuanto el vendedor se apartó un poco-. ¿Qué estamos haciendo aquí?

-No tienes joyas -contestó Roel-, así que te voy a comprar unas cuantas.

-No es muy inteligente por tu parte -dijo Hilary intentando aparentar naturalidad-. Podría salirte mal.

-Ya me ha salido mal. Lo cierto es que cualquier cazafortunas que se precie no dejaría pasar una oportunidad tan buena como ésta.

Hilary lo miró sorprendida y Roel la tomó de la cintura para que no se apartara.

-Por si no te has dado cuenta, acabo de admitir que me equivoqué contigo hace cuatro años -confesó-. Ahora comprendo que no te casaste conmigo por dinero.

-¿Lo dices en serio?

-Completamente -contestó Roel indicándole que se sentara en, el elegante taburete que había junto al mostrador-. Hay hombres patéticos que piden perdón con flores.

-¿Ah, sí? -contestó Hilary confusa.

Le costaba pensar con claridad pues se encontraba aliviada y feliz.

-Y hay hombres que jamás piden perdón y que son capaces de comprarte brillantes con tal de hacerte creer que no están suplicando que los perdones.

Aquello hizo sonreír a Hilary, que estuvo a punto de reírse a carcajadas al recordar que una vez Roel le dijo que suplicar era de paletos.

Una hora después, ya en casa, Hilary salió a la terraza donde Roel se estaba tomando una copa.

Una enorme higuera proporcionaba sombra y se agradecía porque aunque ya era última hora de la tarde seguía haciendo mucho calor.

-Es cierto que tiene sus ventajas esto de estar contigo —bromeó Hilary agitando el reloj de platino que le había comprado.

Roel la miró con una ceja enarcada pues todavía no se podía creer que no hubiera aceptado nada más que aquel reloj.

-Yo hubiera preferido cubrirte de diamantes.

-No me hubieran quedado bien.

-Desnuda hubieras estado como una increíble diosa pagana, bella mia.

Hilary sintió que el corazón le daba un vuelco. Jamás nadie le había dicho algo así.

-¿Por qué has cambiado de opinión sobre mí? ¿Por qué ya no crees que sólo busco tu dinero?

-Cuando me dijiste en Londres que me habías devuelto la mayor parte del dinero que te di al casarnos, no te creí, pero lo he comprobado y ese dinero lleva en la cuenta más de tres años.

-¿Y qué pasó con la carta que le escribí a tu abogado?

-No llegó. Por esas fechas, Paul se cambió de despacho y tu carta debió de llegar a la antigua dirección y se perdió. Ahora está muy descontento con todo este tema porque sabe que es el eslabón que falló y que por ello se han producido muchos malos entendidos entre nosotros.

Hilary se sentía inmensamente aliviada de que el tema del dinero estuviera por fin arreglado.

-Nunca quise aceptar tu dinero, pero acabé aceptándolo, así que supongo que tu abogado tiene razones para no tener una buena opinión de mí.

-No tiene derecho a emitir un juicio así.

-Me gustaría explicarte un par de cosas. Cuando nos conocimos, mi hermana y yo vivíamos en una mala zona y sus amigos eran chicos a los que les parecía muy divertido robar en las tiendas. Emma empezó a faltar al colegio y yo no tenía tiempo para controlarla.

Roel la escuchaba con atención.

-No sabía que tuvieras una vida tan dura. Siempre estabas

alegre.

-Poner mala cara no cambia nada -contestó Hilary-. El dinero que nos diste nos permitió empezar de nuevo. Alquilé otro piso, abrí la peluquería y matriculé a Emma en un colegio mejor. Nuestros problemas se terminaron. Pude dejar de trabajar por las noches y comencé a quedarme en casa mientras mi hermana estudiaba. Al año siguiente, consiguió la beca y, desde entonces, todo le va bien.

-Deberías estar orgullosa de ti misma. Ojalá me hubieras contado todo esto entonces.

Hilary lo miró a los ojos y tuvo que desviar la mirada porque se quedaba sin aliento.

-Entonces, a ti no te interesaba lo más mínimo mi vida.

-No quise conocerte y tú pagaste el precio, pero eso fue entonces y esto es ahora... -dijo Roel agarrándola de la mano y besándole la palma.

Hilary se estremeció, sintió que le temblaban las piernas y que le ardía la entrepierna. Entonces, Roel le abrió la camisa y le soltó el sujetador.

-Es de día... -murmuró Hilary.

-Te sorprendes con facilidad -contestó Roel apoyándola contra la pared caliente por el sol y quitándole el pareo que llevaba como falda-. Tranquila, ya lo hago todo yo.

Hilary lo dejó hacer y pronto estuvo desnuda.

Estaba deseando sentirlo dentro de ella mucho antes de que Roel introdujera sus dedos entre la selva rubia de su entrepierna y la hiciera gemir de placer.

-No pares -gritó Hilary.

-Me encanta verte perder el control -contestó Roel levantándola y penetrándola.

Hilary jadeó de placer mientras sus cuerpos se imbuían de pasión animal. Tras alcanzar el clímax, Roel la tomó en brazos y la llevó a la cama, donde se tumbó a su lado y sonrió encantado.

Hilary quería gritar a los cuatro vientos lo mucho que lo quería, quería que aquel momento no se acabara nunca.

Roel le apartó el pelo de la cara, la besó y la abrazó haciéndola sentirse como la mujer más afortunada del mundo.

-Me encantan tus pechos -confesó Roel poniéndola a horcajadas sobre él y acariciándoselos-. Juraría que te han crecido desde la primera vez que hicimos el amor.

Hilary desvió la mirada presa del pánico.

-No me quejo, no me malinterpretes -añadió Roel-. Ya me he dado cuenta de que te encanta el chocolate suizo.

¡Roel se creía que había engordado porque estaba comiendo mucho chocolate! Hilary intentó apartarse de él, pero Roel se lo impidió.

-No seas tan quisquillosa. Tienes un cuerpo maravilloso -le aseguró-. Me encanta estar con una mujer que come todo lo que le viene en gana.

Además de llamarla gorda, la tenía por una gorrona. Maravilloso. ¡Ojalá el culpable de que le hubiera aumentado el pecho en una talla de sujetador fuera el chocolate!

-Me voy a dar una ducha -anunció Hilary levantándose de la cama.

-¿Por qué tienes tan poca autoestima? -dijo Roel frustrado.

-¡He visto a Céline y a su lado parezco una vaca lechera! -contestó Hilary.

Roel la miró furioso y se levantó de la cama.

-¡Menuda idea! Céline cumplía con mis necesidades, pero tú las provocabas. No puedo dejar de tocarte. Incluso he tenido que tomarme unas vacaciones para estar contigo.

Hilary sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

-Eso es sólo sexo -lo acusó.

Se hizo un terrible silencio durante el cual Hilary rezó para que Roel le llevara la contraria, pero él se limitó a mirarla con intensidad con una expresión difícil de leer en el rostro.

Hilary sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Roel no le había llevado la contraria. ¿Cómo había sido tan ingenua como para creer que lo que había entre ellos era algo más que sexo?

Consiguió sonreír como si le pareciera muy bien que su relación fuera puramente sexual, se metió en el baño y cerró la puerta con pestillo.

Inmediatamente, abrió los grifos de la ducha y se puso a llorar. Lo único que ella le había ofrecido desde el principio había sido sexo y Roel lo había aceptado gustoso.

En ese aspecto, no se había quejado. Llevaban una semana en Cerdeña, siete días en los que no se habían separado. Habían comido en la playa, habían nadado en el mar por la noche, habían compartido cenas románticas, maravillosas siestas e incontables conversaciones.

Estar en compañía de Roel era maravilloso e incluso cuando tenía que trabajar un par de horas ella se quedaba leyendo a su lado.

Aquella semana había sido increíblemente feliz para Hilary, pero también había sido muy difícil asumir que estaba embarazada de él.

Físicamente, se sentía muy bien, pero tenía que tener cuidado con lo que comía y tenía que descansar mucho. Las náuseas se habían evaporado y sólo se había vuelto a marear en una ocasión por levantarse demasiado aprisa.

Roel había empezado a darse cuenta de que su cuerpo estaba cambiando. Ocultarle el embarazo no iba ser posible durante mucho más tiempo. La perspectiva de confesarle que iban a tener un hijo se le hacía insoportable.

Aquella vez, Hilary tenía muy claro que no debía hacerse ilusiones, que tenía que enfrentarse a la relación que tenía con Roel tal y como era.

Por eso, todas las mañanas, cuando Roel le daba los buenos días acompañados de unos cuantos besos, Hilary se recordaba una serie de cosas:

Roel no estaba enamorado de ella. La deseaba y por eso se preocupaba por ella. El hecho de que conversaran durante horas, que fuera tierno y divertido con ella era irrelevante. Al fin y al cabo, era un hombre sofisticado y era imposible imaginárselo haciendo que una mujer se aburriera.

No era su mujer de verdad. Se había casado a cambio de dinero. Era la mujer que Roel había comprado, no la mujer que había elegido.

Además, ella jamás cumpliría con el tipo de mujer perfecta que le gustaba a Roel. Lo cierto era que, sin darse cuenta, Roel había ido dándole a entender qué tipo de mujer le gustaba.

Le gustaban las mujeres de pelo castaño y piernas largas, exactamente igual que su última pareja. También le gustaban las mujeres de buena familia y le parecía que los estudios universitarios eran importantísimos.

Hilary no cumplía ni una sola de esas condiciones, así que era imposible que la hubiera elegido jamás como esposa.

Teniendo todo eso en cuenta, cuando Roel se enterara de que iba a tener un hijo suyo aquello iba a ser un desastre. Por eso, no se lo quería decir. Por eso había aprovechado aquellos siete días como si fueran los últimos de su vida.

Sin embargo, había llegado el momento de contarle la verdad.

Hilary se puso unos pantalones de seda azules con un top de encaje a juego. Aquel color, el mismo que el de sus ojos, le quedaba bien.

La mesa estaba dispuesta en la terraza para cenar. Habían colgado farolillos en las ramas de la higuera y la luz de las velas se reflejaba en la cristalería.

Roel solía ir a aquella casa un par de veces al año porque tenía muchas casas por el mundo y no le daba tiempo de ir a todas muy a menudo.

No le gustaban los hoteles e incluso allí, en un apartado rincón del planeta, Roel tenía contratado a un cocinero fabuloso que los deleitaba con sus maravillosas comidas.

Aquel hombre lo tenía todo siempre bajo control, pero, ¿cómo reaccionaría cuando Hilary le dijera lo que le tenía que decir? Aquella situación no la iba a poder controlar.

-Date la vuelta -le dijo Roel al salir a la terraza.

Hilary obedeció.

-Estás impresionante... podría comerte aquí mismo -confesó Roel excitándola-. Vas a tener suerte si logro controlarme hasta que terminemos de cenar.

Hilary se mojó los labios y bebió agua.

-Una vaca lechera, ¿eh? -bromeó Roel-. A mí no me lo pareces.

Hilary se sonrojó y sintió deseos de abrazarlo y de decirle lo feliz que había sido durante aquellos días.

-Estás muy rara últimamente -añadió Roel.

-Eh... yo... -dijo Hilary desconcertada.

-De repente sonríes y al minuto siguiente te enfadas -le explicó Roel-. Tú no eres así, así que supongo que es el síndrome premenstrual.

Hilary tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse a llorar.

-Te tengo que decir una cosa -anunció.

Capítulo 9

ROEL sonrió con irreverencia. -No te lo tomes como una crítica porque lo cierto es que me encanta la vena dramática que tienes, pero, ¿te importaría que cenáramos primero? Estoy muerto de hambre.

Hilary estaba nerviosa como una gata sobre un tejado de zinc y se mordió el labio inferior. Se sentó a la mesa y su única contribución a la conversación durante la cena fueron monosílabos.

-Cuando estás así de callada, me preocupo -comentó Roel.

-A veces, hablo demasiado -contestó Hilary incómoda.

-Ahora que me he acostumbrado, me gusta -dijo Roel acariciándole la mano-. Veo que me he equivocado creyendo que lo que me tenías que contar no era importante.

-Sí... -dijo Hilary tragando saliva-. En cualquier caso, no es algo que te puedas imaginar y...

-¿Te has acostado con aquel hombre que estaba en tu casa en Londres? -le preguntó Roel de repente.

-¿Con Garret? -exclamó Hilary-. ¡Claro que no!

-Eso era lo peor que me podía imaginar y me quería cerciorar de que no era así.

-¿Te importaría escucharme antes de volver a hablar? -le espetó Hilary nerviosa.

-No acostumbro a interrumpir a nadie.

-No te enfades... esto no te va a gustar, pero no te enfades conmigo -suspiró Hilary despreciándose por su propia debilidad-. Somos los dos responsables.

Roel apretó los dientes.

-¿Qué pasa? Mi paciencia tiene un límite.

-Estoy... -dijo Hilary jugueteando nerviosa con el tenedor-. Me he quedado embarazada. Ocurrió la primera semana que estuvimos juntos.

Roel se quedó mirándola atónito.

-Yo también me llevé una buena sorpresa -admitió Hilary.

Roel la miró de arriba abajo, retiró la silla y se puso en pie. Se acercó a la barandilla y se quedó mirando el mar, que fue lo único que se oyó durante el silencio que se produjo a continuación.

-No había pensado en acostarme contigo y, cuando sucedió, no me di cuenta de tomar medidas. Tenía muchas cosas en la cabeza...

Roel estaba de espaldas a ella y Hilary quería que se diera la vuelta.

-Supongo que estarás enfadado y lo entiendo porque no

esperabas que esto sucediera, pero yo tampoco. No podría soportar la idea de abortar, así que ni la menciones.

Roel se giró hacia ella y la miró con dureza.

-Tal vez, ni siquiera se te había pasado por la cabeza esa opción, pero prefería dejarlo claro desde el principio. Aunque el hijo que voy a tener no entraba en nuestros planes, lo voy a querer igual -le aseguró-. Aunque admito que ahora mismo estoy asustada...

Roel se sirvió un whisky y se lo tomó de un trago.

Hilary se puso en pie.

-Por favor, di algo.

-Vas a ser la madre de mi hijo -contestó él en un tono insolente que hizo que Hilary palideciera-. Debo tener mucho cuidado con lo que te digo. Una mujer embarazada tiene muchos derechos y hay que tener cuidado con su situación. ¿Desde cuándo lo sabes?

-Desde que vino la doctora cuando me desmayé.

-¿Desde hace tanto? -se rió Roel-. ¿Y cómo es que no me lo has dicho en toda esta semana?

-Lo cierto es que hubiera preferido no tener que decírtelo nunca porque no quería... no quiero perderte.

-Nunca me has tenido -le aseguró Roel con dureza-. Sólo de la manera más básica, eso sí.

-Lo sé -murmuró Hilary-, pero sé que hasta eso se va a romper.

-No des por hecho que sabes lo que pienso, siento o lo que voy a hacer a continuación -le advirtió Roel.

-Dime lo que estás pensando, no me voy a ofender -le aseguró Hilary desesperada por tapar el abismo que se había abierto entre ellos.

-Muy bien. ¿Por qué me iba a sorprender de tu logro? En la familia Sabatino los niños siempre han llegado con una etiqueta con un precio muy elevado.

-Nuestro hijo no... -se defendió Hilary.

Roel pasó a su lado como si no existiera y se metió en el salón. Hilary lo siguió y lo alcanzó en el vestíbulo, justamente cuando se disponía a salir de la casa.

-Nuestro hijo no -repitió-. ¿Te vas?

-¿Tú qué crees?

-¿Dónde vas?

-¿Y a ti qué te importa?

Hilary se quedó sola en el vestíbulo. Cuando consiguió recuperarse un poco, volvió a la terraza. El servicio ya había recogido la mesa, pero Hilary ordenó que le llevaran una taza de chocolate con tostadas porque no quería que su hijo sufriera por su

falta de apetito.

Durante la siguiente hora, llamó en dos ocasiones al móvil de Roel y una de ellas oyó una risa femenina de fondo que la hizo colgar mortificada.

Roel volvió a casa cerca de la una de la madrugada y fue directamente a la habitación de su mujer, que había dejado la puerta abierta para oírlo llegar y que no dudó en levantarse de la cama a la carrera para ir a abrazarlo.

Había vuelto y eso era lo único que importaba en aquellos momentos.

-No -le advirtió Roel levantando las manos.

Hilary se apartó de él.

-He tomado una serie de decisiones -anunció Roel-. Quiero que te examine un médico para que determine las fechas relevantes del embarazo. Antes de que nazca el niño, quiero estar todo lo seguro que pueda de que es mío.

Hilary lo miró anonadada.

-¿Lo dudas? -murmuró dolida.

-Hay mujeres que matarían por estar en tu lugar porque ese niño te va a reportar increíbles ganancias -contestó Roel.

-No creo que ninguna mujer matara por estar en mi piel en este momento -murmuró Hilary.

-Por supuesto, quiero que le hagan una prueba de ADN en cuanto nazca -continuó Roel como si ella no hubiera dicho nada-. Podrías haberte quedado embarazada de otro hombre durante las dos semanas que estuviste en Londres. No me parece muy probable, pero sería una estupidez por mi parte no asegurarme.

-Sí... -intentó sonreír Hilary-. ¿Cómo no ibas a aprovechar la oportunidad de humillarme?

-¿Y qué esperabas? No creo que este embarazo haya sido un accidente. Al fin y al cabo, tener un hijo conmigo te asegura una vida de ensueño.

-No estás siendo justo. Si no confías en mí, ¿cómo te voy a demostrar que te equivocas conmigo?

-No me he equivocado contigo.

-Hoy mismo me has dicho que estabas convencido de que no era una cazafortunas.

-Eso ha sido antes de que me dijeras que estabas embarazada.

-¿Y cómo iba yo a suponer que me iba a quedar embarazada en una semana? -se defendió Hilary-. Si por mí hubiera sido, no hubiera elegido tener a mi primer hijo así. ¿Por qué iba a querer tener un hijo con un padre que me odia?

-Yo no te odio.

-¿Ah, no? Me odias porque mientras tuviste amnesia no te conté la verdad sobre nuestro matrimonio.

-Me mentiste.

-Por tu bien. Es cierto que me dejé llevar un poco, estaba viviendo un sueño hecho realidad y...

-Por fin dices la verdad -la interrumpió Roel con satisfacción-. Estabas tan seducida por mi estilo de vida que no te importó mentirme para seguir disfrutando de él.

Aquello hizo que Hilary se riera con amargura.

-Para tu información, mi sueño era tener un matrimonio de cuento con un hombre que me tratara como una igual... sí, patético creer que ese hombre podías ser tú. ¡Un hombre que ni siquiera me pidió una cita cuando era obvio que yo hubiera dicho que sí! Claro que era mi sueño y no el tuyo y...

-¡Así que me hiciste vivir tu estúpida fantasía!

-Por muy raro que te parezca, estabas muy feliz viviendo mi estúpida fantasía -le aseguró Hilary levantando el mentón en actitud desafiante.

Roel se quedó como si lo hubiera abofeteado.

-Hablemos del bebé -dijo al cabo de un rato.

-Por favor, escúchame -contestó Hilary desesperada porque Roel entendiera que no se había quedado embarazada adrede-. Cuando me acosté contigo, no consideré las consecuencias. Nunca antes me había tenido que preocupar por ello. Fui ingenua e irresponsable, pero nada más. Tú tampoco tomaste medidas.

-La primera noche que nos acostamos, abrí el cajón de la mesilla en busca de preservativos y, al no encontrarlos y dando por hecho que eras mi esposa, asumí que estabas tomando la píldora.

-Así que a ti tampoco se te ocurrió tomar medidas.

-Sinceramente, entonces aquel asunto no me preocupaba. Tenía amnesia y una esposa a la que no reconocía.

-Te recuerdo que eso te pareció de lo más excitante -contestó Hilary.

-Confié en ti. Ése fue mi error y sé que voy a pagar por él -le espetó Roel-. Sin embargo, tú vas a vivir conmigo teniendo muy claro lo que eres. ¡Una asquerosa que se metió en mi cama en busca de dinero!

-No me hables así -gritó Hilary furiosa-. Si sigues haciéndolo, te voy a dar una bofetada.

En un abrir y cerrar de ojos, Roel la tomó en brazos.

-¡Bájame!-exclamó Hilary.

-No, es tarde y tienes que dormir.

-Sé ir sola a la cama.

-¿Por qué te crees que he vuelto? Eres mi esposa y vamos a tener un hijo, así que, a pesar de lo enfadado que estoy contigo, no quiero que te ocurra nada.

Hilary cerró los ojos con fuerza y dejó que Roel la depositara sobre la cama y la tapara como si fuera su tatarabuela. Al recordar la pasión que habían compartido unas horas antes, sintió ganas de llorar.

Fue la primera vez que durmieron en habitaciones separadas y aquello le dolió como si le hubiera clavado un cuchillo en el corazón. Era obvio que Roel quería marcar distancias entre ellos.

A la mañana siguiente, volvieron a Suiza. Cuando llevaban una hora de vuelo, Hilary decidió dejar de lado el orgullo y acercarse a él, que estaba trabajando.

Roel la ignoró.

-Muy bien, mensaje recibido. Quieres que desaparezca, ¿verdad?

Roel la miró con indiferencia.

-No me mires así -dijo Hilary con las manos en las caderas-. ¡Si no me aguantas, divórciate de mí!

Roel se puso en pie y se acercó a ella.

-Me estaba preguntando cuánto tiempo ibas a tardar en decir eso. Siento mucho decepcionarte, pero eso no va a suceder.

-¿Por qué dices eso?

-Te vas a quedar en Suiza, donde yo pueda vigilarte.

A Hilary le pareció interesante que, aunque la creyera una ambiciosa cazafortunas, a Roel no se le ocurriera un castigo peor que mantenerla a su lado. Aquello la hizo albergar ciertas esperanzas.

-¿Qué opinas de tener un hijo? -le preguntó armándose de valor.

-Quería tenerlo algún día -confesó Roel con la misma emoción con la que diría que quería comprarse un coche nuevo-. Lo cierto es que va a llegar antes de lo previsto, pero ya me haré a la idea.

Hilary apretó los puños con fuerza y se clavó las uñas en las palmas de las manos. Volvió a su sitio y decidió que debía darle tiempo. Roel era un hombre muy cabezota y lo mejor era intentar comprenderlo para ganarse su confianza.

¡Lo amaba tanto!

Seguro que, al final, acababa aceptándola. ¿De verdad? ¿Roel sabatino iba a aceptar tener una esposa que era peluquera?

De momento, parecía preocupado por ella, pero eso era sólo porque estaba embarazada. Podría divorciarse de ella en cuanto

diera a luz.

Lo cierto era que nunca la había aceptado como su esposa, pero no podía culparlo por ello pues, al fin y al cabo, nunca le había dicho que se fuera a vivir con él y, desde luego, nunca le había pedido un hijo.

No debía perder de vista la realidad y la realidad era dolorosa. Roel se sentía atrapado. Prefería recobrar su libertad.

¿Qué podía esperar del hombre al que amaba?

¿Sexo? ¿Joyas? ¿Estaba dispuesta a que Roel le echara en cara constantemente sus errores? ¿Estaba dispuesta a que le hiciera sentirse pequeña y vendida?

Capítulo 10

A LA MAÑANA siguiente, Roel llevó a Hilary al ginecólogo. Roel la desconcertó preguntando un montón de cosas, que el médico contestó al detalle. Hilary se sintió como un útero con piernas y le dolió muchísimo que Roel diera muestras de interés por su hijo ante una tercera persona y no ante ella.

Se preguntó si no sería que lo había hecho para guardar las apariencias.

En los tres interminables días siguientes, Hilary se sumió en una total infelicidad. Roel se iba a trabajar al amanecer y volvía muy tarde por la noche. No desayunaba ni comía ni cenaba con ella y no hacía ningún esfuerzo por reducir la tensión que se había instalado entre ellos.

Sin embargo, la llamaba un par de veces al día para ver qué tal estaba. Parecía que eso era lo único que le importaba y que no estaba dispuesto a hacer nada más. Desde luego, la puerta que había entre sus habitaciones estaba cerrada a cal y canto. Hilary se despertó el cuarto día cuando amaneció, se duchó y se vistió para correr escaleras abajo y poder desayunar con él.

-¿Qué haces levantada a estas horas? -le preguntó él frunciendo el ceño.

-Quería verte. Si no desayuno contigo, iba a tener que ir al banco e interrumpir tu jornada laboral, algo que me prohibiste hace tiempo -sonrió.

Roel la miró y sonrió levemente.

-Te voy a echar de menos -confesó Hilary haciendo un esfuerzo.

-¡No quiero oírlo! -exclamó Roel dejando el periódico a un lado y poniéndose en pie.

Hilary lo miró con los ojos muy abiertos.

-No me lo creo. Cuando quiera algo contigo, te lo haré saber.

Hilary lloró de humillación mientras la limusina se alejaba.

Ya había soportado bastante. ¡No iba a consentir que Roel la tratara como una prostituta con la que podía compartir la cama siempre que a él le diera la gana!

No debería haber ido con él a Cerdeña. Había sido un gran error. Roel ya le había dejado claro para entonces que la despreciaba, pero ella se había negado a ver la realidad.

Decidió irse de Suiza, pero antes de hacerlo tenía que limpiar su nombre para que Roel entendiera que se había equivocado con ella.

Mientras se paseaba por su habitación, se dio cuenta de que sólo

había una manera de hacerlo. Tenía que hablar con un abogado para que le redactara un documento legal en el que quedara claro de una vez por todas que sus intenciones no eran pecuniarias.

Paul Correro estaría muy contento de que firmara ante él la renuncia a los billones de los Sabatino antes de irse de Suiza con su dignidad intacta.

Cuando llegó al bufete del abogado aquella misma mañana, una secretaria la llevó a su despacho inmediatamente. A Hilary le sorprendió que Paul la recibiera tan deprisa y la dejó anonadada que el abogado la recibiera con amabilidad y le diera las gracias por ir.

-Anya quería ir a vuestra casa para pedir perdón, pero yo me había pasado tanto contigo que creí que era mejor dejar que la tempestad pasara -se disculpó Paul-. Te amenacé y te asusté, pero quiero que sepas que no suelo tratar así a las mujeres.

-Estoy segura de ello -contestó Hilary.

-Cuando Roel se dio cuenta de que te habías ido por mi culpa, se puso como una fiera y con toda la razón.

-No fue culpa tuya.

-Sí, sí lo fue -insistió Paul-. Me metí en algo que no me concernía. Ahora que lo entiendo todo, comprendo que había algo entre Roel y tú de lo que yo no sabía nada. Por eso, acudí en su rescate -rió-. Como si Roel necesitara que alguien lo rescatara.

-Hubo una serie de malos entendidos, eso fue todo. Ahora, todo ha terminado. En realidad, he venido a verte por algo completamente diferente -le dijo Hilary consiguiendo tapar su dolor con una falsa calma-. Necesito que un abogado me redacte un documento legal y necesito que lo haga bastante deprisa.

Tras haberle contado lo que quería, Paul la miró atónito.

-Esto es un conflicto de intereses para mí. No puedo representarte a ti y a Roel. Necesitas otro abogado.

-Muy bien -contestó Hilary poniéndose en pie.

-Espero que algún día seamos amigos y como amigo te aconsejo que no hagas lo que me has dicho que quieres hacer -se despidió el abogado-. Me temo que Roel no lo entendería y se sentiría dolido.

Mientras volvía a casa, Hilary se dio cuenta de que Paul era un buen hombre. No tenía nada que ver con Roel, que era frío y distante. Era imposible que el abogado entendiera que era imposible hacer daño a Roel.

La única que estaba sufriendo allí era ella.

De repente, se preguntó por qué se tomaba tantas molestias para quedar bien a los ojos de Roel. Al fin y al cabo, no la quería, tenía

muy mala opinión de ella e incluso verla en el desayuno lo ponía de mal humor.

Le costaba creer que pocos días atrás hubiera sido tan feliz con él y lo que ya le resultaba imposible de creer era que hubiera pensado que aquello era un bache del que podrían salir bien parados.

El problema con Roel Sabatino era que Hilary estaba dispuesta a aceptar lo que fuera, aunque fueran unas migajas, y eso era exactamente lo que había conseguido.

Sin embargo, había llegado el momento de actuar como una mujer madura y adulta, tenía que pensar en sus necesidades y tenía que acabar con una relación que le estaba haciendo mucho daño.

Ahora comprendía que Roel jamás le contaría a su hermana la verdad de su matrimonio. Aunque quisiera ocultarlo porque lo veía como una debilidad, Roel era un hombre de honor.

Se había agarrado a aquella excusa para estar con él, pero había llegado el momento de cortar por lo sano, de sacar la dignidad del armario en el que la había encerrado. Roel le hacía daño y debía separarse de él.

Al oír el teléfono del coche, sintió mariposas en el estómago.

-Por favor no me preguntes cómo me encuentro, porque sé que no te importa lo más mínimo -le espetó-. ¡Me voy y espero que tú y tu dinero seáis muy felices!

Dicho aquello, colgó el teléfono con manos temblorosas. No se podía creer que acabara de decirle aquello, pero era lo que se merecía. Era la última vez que jugaba con su amor. Aquel amor se lo iba a llevar su hijo.

El teléfono volvió a sonar, pero Hilary no contestó. Entonces, sonó su teléfono móvil, pero lo apagó. No había nada más que decir.

Media hora después, estaba en su habitación haciendo las maletas cuando la puerta se abrió con un gran estruendo y entró Roel.

-¡No te puedes ir! ¡No lo podría soportar!

Aquello tomó a Hilary por sorpresa.

-¿Tienes idea de cómo lo pasé la otra vez?

Atónita ante aquel arranque de sinceridad en un hombre que jamás demostraba sus sentimientos, Hilary negó con la cabeza lentamente.

-La primera semana, creí morir. Me habías abandonado dejándome una carta de cuatro líneas como quien se disculpa por no poder acudir a una cena -le explicó-. No me lo podía creer. No

sabía dónde estabas. ¡Casi me vuelvo loco!

Hilary no se podía creer lo que estaba escuchando.

-Nunca pensé que te fueras a sentir así...

-Deberías haberme contado la verdad sobre nuestro matrimonio.

Hilary se dio cuenta de que tenía razón en eso, pero nunca se le ocurrió que su ausencia lo iba a hacer sufrir.

-Confiaba en ti -continuó Roel mirándola con intensidad-. Admito que no tenía más remedio al principio, pero nuestra relación iba bien y bajé la guardia rápidamente. Creí que éramos una pareja. Pensaba en ti como en mi esposa y, de repente, todo se acabó.

Hilary sintió que se le formaba un doloroso nudo en la garganta.

-Supongo que pensarás que soy una egoísta, pero te aseguro que jamás se me pasó por la imaginación que me fueras a echar de menos...

-¿Te crees que soy un témpano de hielo? -se rió Roel con amargura.

-Eres un hombre demasiado controlado y muy disciplinado.

-Me educaron para ser fuerte y para no mostrarme jamás vulnerable a los ojos de una mujer. Mi abuelo y mi padre pasaron por matrimonios desastrosos y me influenciaron enormemente. Para cuando Clemente quiso hacerme cambiar de opinión, ya era demasiado tarde. Por eso redactó aquel testamento de locos, fue su último intento para abrirme los ojos, para hacerme comprender que, si hacía un esfuerzo y me arriesgaba, podría reescribir la historia de la familia y tener un matrimonio feliz.

-Bueno, eso no le ha salido bien -contestó Hilary al borde de las lágrimas-, pero al menos no has perdido el Castello Sabatino.

-Quiero que sepas que venía hacia casa cuando me ha llamado Paul.

-¿Por qué los hombres siempre os aliáis?

-¿Porque tenemos miedo? Cuando me ha detallado el documento que querías que te redactara, he comprendido avergonzado hasta dónde te he hecho llegar.

-¿Qué te pasa? ¿Por qué no estás contento? No entiendo por qué estás avergonzado. Lo que yo quería era dejar por escrito que no pienso reclamarte jamás nada.

-Pero tienes todo el derecho del mundo a compartir lo que yo tengo.

-¡Quiero que te quede claro que ni quiero ni necesito nada de ti!

Roel tomó aire y echó los hombros hacia atrás.

-Te acusé de ser una cazafortunas porque, así, me evitaba el

tener que enfrentarme a lo que realmente sentía por ti.

-No entiendo.

-Cuando tenía amnesia, me acostumbré a estar contigo. Cuando recobré la memoria, me enfadé contigo porque me habías engañado.

-No fue ésa mi intención -se lamentó Hilary-. En cualquier caso, para mí no fue eso lo que pasó entre nosotros -protestó.

-Me engañaste y, a partir de entonces, no me fío de mí mismo en lo que a ti respecta. Sin embargo, a pesar de que no me fiaba de ti, seguía deseándote, seguía queriendo estar contigo y no solamente por el sexo.

-Pues a mí me dijiste que era sólo por eso—contestó Hilary algo esperanzada.

-Era mentira... estaba... estaba...

-¿Qué?

-¡Asustado! -admitió Roel-. Estaba asustado. Jamás me había sentido así, pero en Cerdeña volví a confiar en ti y comencé a relajarme.

-Y entonces fue cuando te dije que estaba embarazada.

-De nuevo me habías ocultado la verdad. Ojalá me lo hubieras contado inmediatamente. Jamás había estado tan bien con una mujer, pero durante aquella maravillosa semana tú me estabas ocultando que íbamos a tener un hijo. Aquello me dolió mucho y me hizo preguntarme qué otras cosas me' estarías ocultando.

-Me daba miedo tu reacción -se defendió Hilary.

-Tendrías que haber sido sincera conmigo. Volví a perder la confianza en ti y, a partir de ese momento, todo se volvió una locura.

-El que te volviste loco fuiste tú -lo corrigió Hilary-. Sin embargo, te perdono. No me ofende que no quieras tener un hijo que no habías planeado; tener conmigo...

-Quiero tener ese hijo, pero me daba miedo que me estuvieras engañando de nuevo -admitió Roel-. Desde entonces, no he dejado de luchar conmigo mismo. Aunque te parezca una tontería,' no puedo dejar de preguntarme si lo único por lo que estabas conmigo era por el niño.

-A mí me ha pasado lo mismo -murmuró Hilary.

-Eso me llevó a acusarte de cosas que sabía que no eran ciertas -se disculpó Roel-. Nunca dudé de que el niño fuera mío, pero me daba miedo que volvieras a hacerme daño, así que decidí hacértelo yo primero.

Hilary no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. ¿De verdad

Roel acababa de decir que le había hecho daño?

-Ya no puedo seguir luchando contra lo que siento por ti. ¿Me das otra oportunidad?

Hilary sintió que se le saltaban las lágrimas y negó con la cabeza.

-Por favor -suplicó Roel estrechándole las manos.

Hilary volvió a negar con la cabeza.

-¿No te das cuenta de lo importante que es para mí? Me lo dijiste en Cerdeña y tenías razón. Fui feliz viviendo tu cuento, más feliz de lo que había sido jamás.

Hilary lo miró a los ojos sorprendida.

-Imagínate mi decepción cuando me di cuenta de que el cuento era mentira, de que nunca me habías amado cuando yo ya me había hecho a la idea y me gustó.

-¿De verdad? -preguntó Hilary con voz trémula.

-Me había enamorado de ti, pero nunca me había enamorado antes y no supe reconocer lo que me estaba sucediendo. Pensaba en ti incluso durante las reuniones más importantes.

-¡Madre mía! -exclamó Hilary pasándole los brazos por el cuello-. Yo también te quiero. Te quiero tanto... te voy a hacer muy feliz.

Roel la abrazó con fuerza y así permanecieron, fundidos en un abrazo, durante un buen rato, disfrutando de una proximidad que ambos habían creído perdida.

-Estoy tan a gusto contigo -murmuró Roel.

-¿Ves como quererme no es tan malo?

—Lo es cuando desapareces y me amenazas con abandonarme.

-Te prometo que no volverá a suceder -declaró Hilary solemnemente.

Roel la besó en la boca con ternura.

-Creo que hace cuatro años me di cuenta de lo peligrosa que podrías llegar a ser para un soltero, cara mia.

-Entonces, era algo inmadura para ti, pero me enamoré en cuanto te vi.

-Aunque no quise admitirlo ni siquiera a mí mismo, me sentía profundamente atraído por ti. Por eso volví varias veces a la peluquería en la que trabajabas -confesó Roel-. Sin embargo, después de casarnos, decidí no volver porque no me fiaba; de mí mismo.

-¿De verdad?

-De verdad. Sin embargo, todavía sigo llevando tu fotografía en la cartera -murmuró Roel.

Hilary sonrió encantada.
-Me encantaría verte vestida de novia. Deberíamos volvernos a casar.
-Me encantaría... -contestó Hilary sinceramente-, pero vamos a tener que esperar a que nazca el niño.
-Da igual -contestó Roel sin pensárselo dos veces.
Once meses después, Hilary y Roel renovaron sus votos en una preciosa capilla situada muy cerca del Castello Sabatino.
La feliz pareja sólo tenía ojos el uno para el otro. Después de la ceremonia, siguió una maravillosa comida y una alegre fiesta a la que asistieron las mejores amigas de Hilary, Pippa y Tabby, con sus maridos, Andreo y Christien.
Anya y Paul Correro se sentaron en la mesa de los novios porque en el último año Hilary y Anya se habían hecho muy amigas.
Por supuesto, también estaba su hermana Emma y el invitado de honor fue Pietro, el miembro más joven de la familia Sabatino, que apenas contaba tres meses de vida y se pasó la mayor parte de las celebraciones durmiendo.
Aquella noche, Hilary lo arropó mientras observaba el pelo negro que había heredado de su padre y se decía que también tenía su misma sonrisa.
Lo cierto era que su vida era maravillosa. Se habían trasladado a vivir al Castello y Roel viajaba cada vez menos para poder estar más tiempo con su familia.
-Qué bonita vista... -dijo su marido a sus espaldas.
-Ya sé que está mal decirlo porque es nuestro hijo, pero, ¿verdad que es muy guapo?
-No me refería a Pietro, amata mia.
-¿Ah, no? -dijo Hilary viendo el deseo en los ojos de su marido y quedándose sin aliento.
-Estás guapísima y me siento increíblemente orgulloso de que seas mi mujer -contestó Roel con satisfacción-. ¿Te das cuenta de que hoy es nuestra noche de bodas porque la primera vez no tuvimos?
Hilary lo abrazó y lo besó mientras Roel la tomaba en brazos y la llevaba al dormitorio.
-¿Me sigues queriendo? -le preguntó emocionada.
-Cada día te quiero más -sonrió Roel.
Con el corazón henchido de felicidad, Hilary le pasó los brazos por el cuello y lo atrajo hacia sí.